

La Fragua

en la vida cotidiana

SPIRITUS DOMINI

Tiempo Ordinario V

8 ABIERTOS A
8 TODO EL MUNDO

SPIRITUS DOMINI - 2014

La flecha forjada en el yunque

no se guarda en un museo. Su destino es ser lanzada, aunque se melle con el paso del tiempo. Estamos llamados a ser flechas misioneras: "Nuestra vocación especial en el Pueblo de Dios es el ministerio de la palabra, con el que comunicamos a los hombres el misterio íntegro de Cristo. En efecto, hemos sido enviados a anunciar la muerte y resurrección del Señor, hasta que vuelva, a fin de que todos los hombres se salven por la fe" (CC 46).

OBJETIVO GENERAL

Ayudar a las personas, comunidades y organismos a tomar conciencia del momento que vivimos, reavivar la experiencia del Fuego y crecer en ardor misionero, siguiendo la metodología de la Fragua.



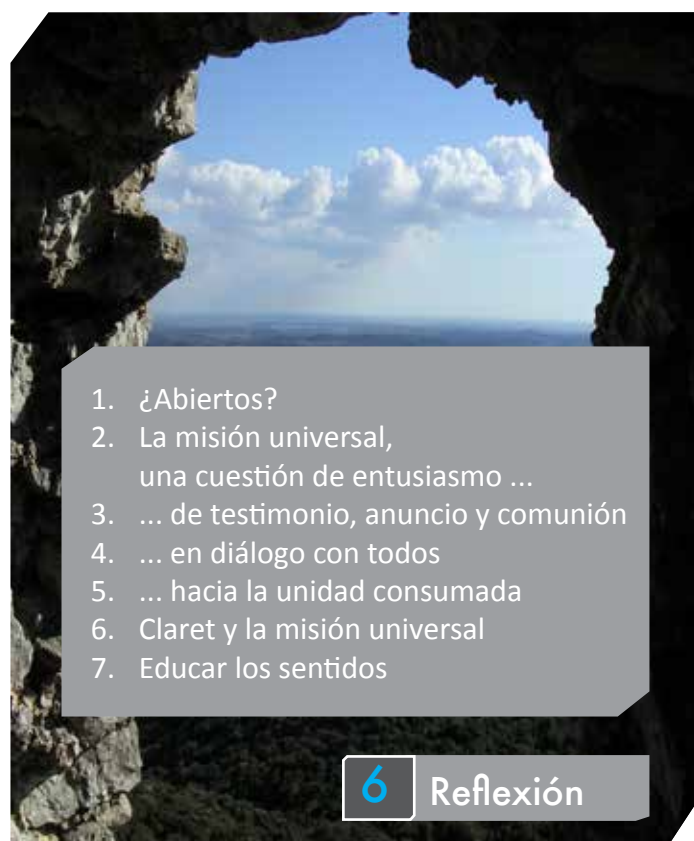
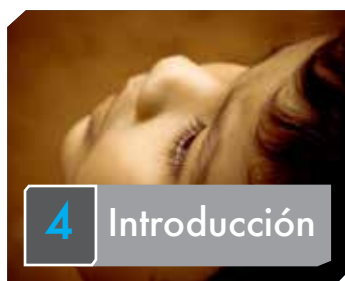
OBJETIVOS

- Pasar de actitudes pasivas a actitudes creativas.
 - Crecer en la experiencia del Espíritu que nos unge para ser ministros de la Palabra en la misión profética de la Iglesia.
 - Profundizar en la dimensión cordimariana de nuestra espiritualidad misionera.
 - Personalizar el significado de nuestra pertenencia a la Congregación hoy y valorar su diversidad carismática y su misión universal.
 - Recapitular la experiencia vivida a lo largo del proyecto de la Fragua para seguir progresando en la vida misionera.

CUADERNOS

1. El Espíritu del Señor está sobre nosotros (Adviento-Navidad)
2. Nos ha ungido para evangelizar (Tiempo Ordinario I)
3. En el "hoy" del mundo y de la Iglesia (Cuaresma)
4. Como hijos del Inmaculado Corazón de María (Pascua)
5. Servidores de la Palabra en la Iglesia (Tiempo Ordinario II)
6. Al estilo de Claret (Tiempo Ordinario III)
7. En congregación misionera (Tiempo Ordinario IV)
8. **Abiertos a todo el mundo (Tiempo Ordinario V)**
9. Progresando en la vida misionera (Tiempo Ordinario VI)

contenidos



1. Introducción: el espíritu universal e inquieto de octubre

En el **hemisferio norte** de nuestro planeta, en octubre comienzan a caer las hojas de los árboles. El espíritu otoñal, incluso invernal en algunas latitudes, se va adueñando, poco a poco, de todo. Es tiempo de recoger frutos y de prepararse para la pausa invernal, cuando la tierra duerme y todo parece muerto. Flotan en el aire fragancias de nostalgia y melancolía. Todo parece invitarnos a encender la chimenea y quedarnos en casa, arrellanados en el sillón con un buen libro y el aroma de un buen café caliente. Todo llama al repliegue en lo concreto, el propio mundo, el entorno cercano, para contemplar la belleza de una naturaleza que cambia de día en día, como las hojas de los árboles.

Por el contrario, en el **hemisferio sur** por doquier se despiertan las fuerzas de la vida. El invierno, más o menos fiero, retrocede, y la primavera impone la lógica de lo nuevo y renacido. Abrir ventanas, acoger la novedad, salir de casa y poner proa a nuevos derroteros es el canto firme que transmiten coralmente las aves y las plantas, el aire y el sol y la orquesta sinfónica de todo lo creado.

Quizá vives en una **zona próxima al Ecuador**, en la que apenas hay oscilaciones llamativas entre una época del año u otra. Tal vez solamente la estación seca y la estación de las lluvias.

Estés donde estés, llueva o luzca el sol en el lugar en que vives o en tu propio corazón, tengas el ánimo por los suelos o te sientas como pez en el agua, vivas en el hemisferio norte o en el hemisferio sur, **este mes de octubre va a discurrir bajo la experta batuta del Espíritu**. Por eso, desde el comienzo de esta fase es bueno que confíes en Él y te dejes llevar a donde quiera llevarte, sea mediante sus insinuaciones, mociones, intuiciones o sueños en clave positiva, sea bajo la forma de preguntas, insatisfacciones o decepciones aparentemente negativas. Él conoce como nadie los pentagramas de tu vida con sus cascadas de semicorcheas o sus largas notas blancas, con sus

silencios y sus acordes dominantes, con sus melodías armónicas o algunos pertinaces desafinos que aparecen cuando menos te lo esperas para minar tu autoestima. Él es experto en romper barreras y atravesar muros con su fuerza, de regar lo que es árido y enderezar lo torcido, porque sabe que "todo contribuye al bien de los que aman a Dios" (Rom 8, 28).

De por sí, este es un mes al que el calificativo "misionero" le viene como anillo al dedo. No solo es el mes de Claret y de la Jornada Mundial de las Misiones. **Todo él está jalonado de episodios y personas de espiritualidad cósmica, de sabor claretiano.** Si fuese un retablo o iconostasio, diríamos que está plagado de figuras sugerentes, de historias de hombres y mujeres transfigurados por su apertura al Espíritu, aunque no siempre el material humano se prestase a grandes expectativas. Piensa en la pequeña y "tendencialmente neurótica" **Teresa de Lisieux**, que, sin ir más allá de las tapias de su monasterio provinciano, vive la dimensión universal de la misión, porque vive de amor en el corazón de la Iglesia. Ahí está **Francisco de Asís**, el hermano universal, porque renuncia a poseer y dominar las cosas, sintiendo la paternidad de Dios y llevando en su carne las marcas del amor de Jesús crucificado. Y, ¿quién no se estremece al sentir las palabras, frescas aún, como su testimonio martirial, del "portador de Dios", **Ignacio de Antioquía**, que camina hacia la muerte con alegría para llegar a convertirse en pan de Cristo y abraza y saluda a todos las comunidades que encuentra en su camino?

En octubre nos llega el testimonio de los que vieron y tocaron al resucitado como **Simón y Judas**, o de los creyentes de la segunda hora, como **Lucas**, que escucharon al Espíritu en la voz de los testigos primigenios y nos ayudaron con sus obras a entender la universalidad de la misión de Jesús y de la Iglesia. En mujeres, como **Teresa de Jesús**, andariega y contemplativa, o en hombres, como **Antonio María Claret**, que tanto aprendió de ella, descubrimos el corazón humano que vive del Dios solo pero sin replegarse en el intimismo estéril, sino que se abre a la permanente reforma de su Iglesia en cuyo seno quiere vivir y morir ("... en fin, muero como hija de la Iglesia").

El mes de octubre comienza litúrgicamente con la fiesta de aquella que encarna la misión universal en el espacio estrecho de una celda y termina con un recuerdo histórico que nos sigue interpelando por ser una herida abierta en el cuerpo de Cristo. El 31 de octubre de 1517 el monje agustino Martin Luther enviaba a diversos colegas de universidades del Imperio germánico sus conocidas 95 tesis sobre las indulgencias. Es el comienzo simbólico de la Reforma que dará origen a una nueva ruptura en el mundo cristiano que sigue sin restañar hasta nuestros días.

Para los que hemos recibido el don de "proclamar el Evangelio a toda criatura yendo por el mundo entero" (CC 4) y de servir –bajo la guía del Supremo Pastor– a "la edificación e incremento de la Iglesia" (CC 6), estos eventos no pueden sernos indiferentes.

Con este **Cuaderno 8** nos acercamos al final de un itinerario "otoñal-primaveral", según los casos, que comenzamos algunos años atrás. ¿Recuerdas? En el primer octubre de la Fragua –etapa *Quid Prodest*– **dirigíamos la mirada a nuestro cuerpo** como lugar de relaciones, descubriendo los lazos afectivos que creamos y descubriéndonos a la vez grandes y pequeños en nuestra afectividad. La apertura a la universalidad que profundizaremos este año hunde sus raíces en esta capacidad de ligarnos a otros sin necesidad de atarnos a ellos, porque la libertad del amor nunca aísla o empequeñece el horizonte.

Al año siguiente, en nuestra experiencia de Dios como Padre –etapa *Patris Mei*– **nos vimos abocados a una relación profunda de amor que se hace oración**, lugar de encuentro y soledad, pero también campo de batalla con nuestros propios ángeles y demonios en liza. Puede ser una permanente tentación de volver sobre los propios problemas no resueltos, preocuparme de mi pequeño mundo, o dejarme llevar por el amor de un Padre que me pide abrirme a todos, reconocerme hijo haciéndome hermano de todos.

El año pasado –etapa *Caritas Christi*– **volvimos nuestra mirada a la Eucaristía** como el "lugar" en que el fuego del amor de Cristo nos puede transformar para transfigurar lo que somos y hacemos. Un pan que, al recibirlo, nos introduce en la lógica del darse y hacerse pan partido para la vida del mundo.

Culminamos el proceso en este mes de octubre de 2014 **abriendo el horizonte de nuestra vida y vocación al viento del Espíritu del Padre y del Hijo**. Un Espíritu que nos revela la universalidad, algo así como nuestro código genético espiritual. Somos una flecha que marca los cuatro puntos cardinales, estamos donde estemos, estemos como estemos (física, anímica o espiritualmente hablando) y tengamos la edad que tengamos. Cada uno de nosotros puede carismáticamente repetir lo que Claret llevaba en el corazón hasta el último suspiro de su existencia: **"mi espíritu es para todo el mundo"**. La experiencia del Espíritu que dilata nuestra universalidad es la que nos hace comprender el sentido más radical de nuestra vida afectiva y relacional (*Quid Prodest*), la razón de ser de nuestra oración apostólica "que te haga conocer amar, servir de todas las criaturas" (*Patris Mei*) y la dimensión cósmica de nuestra vivencia eucarística de la unión con el Cristo que nos envía a anunciar el evangelio por los caminos del mundo (*Caritas Christi*).

2. Reflexión: ¿Abiertos?

Vivir es estar abiertos. La única certeza que tenemos de estar vivos es que crecemos, avanzamos, aprendemos cosas nuevas, cambiamos; es decir, estamos abiertos. Esto es así en todas las dimensiones de nuestra vida. **Nuestra espiritualidad carismática también está marcada por la apertura y el progreso.** En nuestras Constituciones queda consagrado este principio fundamental en el final de la primera parte, tal como veremos con más detalle en el **Cuaderno 9**. Después de presentar lo constitutivo de nuestro ser (comunidad misionera, consejos evangélicos, espiritualidad, misión...) se nos dice que todo esto se realiza en un proceso abierto y progresivo. No es que seamos "progresistas" porque esté de moda o nos parezca bien. Desde los primeros días del noviciado se nos enseñó el sabio principio de San Bernardo: en el camino de la perfección "no progresar es retroceder". Y esto vale no solo para las etapas primeras del camino, cuando somos jóvenes y tenemos la vida y la misión por delante; es una ley del camino mismo hasta el final. No vale apelar a supuestas inmunidades contra esa norma básica. No podemos excusarnos apelando a la edad ("eso es para los jóvenes, yo ya estoy mayor") o al cansancio ("ya está bien, no puedo más") o a un cierto espíritu de mesura y aparente prudencia, pero que esconde pactos con la mediocridad ("no hay que exagerar", "eso hay que interpretarlo...").

La apertura y el progreso en el espíritu misionero es imprescindible para seguir en forma como misioneros. De lo contrario, puede que se pueda decir de nosotros lo que se dice del ángel de la iglesia de Sardes: "Aunque tienes nombre de vivo, estás muerto" (Ap 3, 1). Pon desde el comienzo de este mes todo lo que esté en tu mano para que este **Cuaderno 8** de la Fragua sea para ti un recuerdo y un revulsivo similar a las cartas dirigidas a las iglesias en el libro del Apocalipsis. Hay mucho por hacer. Se puede recuperar el tiempo perdido. Retomemos esos imperativos "cariñosos" de las cartas, que son una invitación a despertar del letargo, a ponerse de nuevo en marcha y recuperar lo mejor de nosotros que aún sigue vivo como don de Dios en el corazón: "escucha" (Ap 2, 7.11.17.29; 3, 6.13.22), "recuerda" (Ap 2, 5; 3, 3), "conserva [el don]" (Ap 2, 25; 3, 3; 3,11), "anímate y cambia" (Ap 2, 5. 16; 3,3. 19), "sé fiel hasta la muerte" (Ap 2, 10. 26). Dejemos que el Espíritu, que es Señor y da la vida, nos haga revivir como misioneros de verdad.

Uno de los símbolos de esta etapa es la flecha lanzada. Es una imagen elocuente para expresar la apertura a la misión universal. La flecha es, por definición, movimiento hacia adelante, apertura de espacios y caminos con una meta u objetivo claro. No es mera punta metálica, sino todo un conjunto de elementos en armonía. La mayor parte de la flecha no es la punta, sino el astil. Sin este elemento, a la flecha le falta rigidez, rectitud y dirección. Al final del astil hallamos las plumas, que dan estabilidad a la flecha y compensan los posibles desequilibrios durante el vuelo. Las plumas ayudan a mantener la orientación hacia el objetivo. Por último, está el culatín, una parte casi insignificante, al final del astil, apenas una muesca, que permite la sujeción de la flecha a la cuerda del arco. Es uno de los elementos más importantes de la flecha, puesto que una mala orientación provocará que la



fuerza de tensión del arco no se aplique correctamente, provocando una desestabilización

incluso antes de re- culatín deberá abrazar la cuerda de tal manera, que la flecha no se caiga, pero sin que quede demasiado apretada. No sería muy difícil encontrar paralelos de cada uno de estos símbolos con los diversos aspectos y dimensiones del conjunto de la vida espiritual y misionera, sin los cuales ésta pierde su orientación, fuerza, incisividad y eficacia.

Hay otras flechas que se mueven, pero sin cambiar de sitio. Indican, sea un punto fijo siempre – como la flecha de la brújula, que orienta o en-norta a los caminantes–, sea la dirección hacia la que sopla el viento, como la veleta de la torre. Flecha puede ser también un símbolo gráfico del movimiento, como las flechas indicadoras de las señales. Ellas no se mueven; parecen estar paradas, pero “mueven” a otros, les marcan el camino y les hacen ponerse en la justa dirección.

La flecha, en cuanto instrumento, puede mellarse, despuntarse, perder su agudeza e incisividad, puede no cumplir adecuadamente la misión para la cual existe y ha sido formada. En varios documentos recientes de la Iglesia y de la Congregación se reflejan estas situaciones críticas. El cansancio en los misioneros puede venir de la rutina o las frustraciones, de experiencias negativas por no haber dado en el blanco o de la sensación de haber servido para nada. Quizá también puedan existir motivos de tipo ideológico: dudas serias sobre la necesidad de una función de este tipo, la ocupación en tareas que no dan fruto aparentemente, la convicción de que “todos se pueden salvar” o llegar a ser felices sin tener que pasar por la pila bautismal... Puede ser que, después de variados intentos por recuperar el arrojo misionero –lo que hemos dado en llamar el celo por la misión universal– hayamos llegado a la secreta convicción de que no se pueden cambiar las cosas. La resistencia y la oposición al Evangelio son demasiado fuertes dentro y fuera de nosotros. No estamos hechos de un material tan sólido y bruñido que sea capaz de hacer frente a cualquier dificultad, por grande que sea. Tenemos que resignarnos y abandonar sueños estériles. No hay más cera que la que arde. Hay que conformarse con lo que podemos buenamente hacer, con cosas de poca monta y

tareas de corto alcance. No estamos hechos para viajes transoceánicos. Lo nuestro es ser trenes de cercanías, expertos en distancias accesibles. No es bueno a una cierta edad continuar fomentando sueños que solo generan frustraciones. ¿Para qué?

Sin embargo, si no se ha apagado la voz del Espíritu en ti, sabes perfectamente que esas voces no expresan bien la verdad. **Nuestro modo de estar abiertos como misioneros es sentir como algo connatural la misión universal.** Si nos parece que lo de la misión en clave global, universal, “ad gentes” o “inter gentes” (como quiera que la llamemos) es una cosa romántica, o algo propio de tiempos de juventud, pero que no cuadra ya con nuestra edad, nuestros achaques o nuestra experiencia, se tendría que encender en nosotros ese pilotito rojo que nos avisa de un peligro serio. Si hemos llegado a pensar que nuestra manera de vivir la vocación y la misión claretiana se circunscribe a pequeños círculos (“mi” gente” “mi” colegio, parroquia, grupo o diócesis, porque todo lo demás son sueños inútiles o estériles), la cosa puede ser grave.

Muchos documentos eclesiales y congregacionales nos previenen de esta esclerosis evangelizadora, de este estado de cansancio o “dormición misionera”. La encíclica *Redemptoris Missio* advertía, 25 años atrás, que muchos se cuestionan la idea misma de la misión específica a los que no conocen a Cristo. Quizás lo que se decía entonces se puede repetir –y con más énfasis si cabe– en nuestros días: “... debido también a los cambios modernos y a la difusión de nuevas concepciones teológicas, algunos se preguntan: ¿Es válida aún la misión entre los no cristianos? ¿No ha sido sustituida quizás por el diálogo interreligioso? ¿No es un objetivo suficiente la promoción humana? El respeto de la conciencia y de la libertad ¿no excluye toda propuesta de conversión? ¿No puede uno salvarse en cualquier religión? ¿Para qué, entonces, la misión?” (RM 4) Como consecuencia, “la misión específica ad gentes parece que se va parando (...) Dificultades internas y externas han debilitado el impulso misionero de la Iglesia hacia los no cristianos, lo cual es un hecho que debe preocupar a todos los creyentes en Cristo. En efecto, en la historia de la Iglesia, este impulso misionero ha sido siempre signo de vitalidad, así como su disminución es signo de una crisis de fe” (RM 2).

Recientemente, **la carta circular del P. General, Josep Maria Abella, Misioneros –que estamos evocando a lo largo de esta etapa en la contraportada de los cuadernos– nos ha puesto ante los ojos diversos factores de nuestro momento actual que parecen poner en cuestión nuestra vocación misionera universal.** Sería bueno que con el trasfondo de esos diagnósticos y otros posibles que podamos vivir o experimentar según los contextos, cada uno de nosotros se preguntase cómo esos cuestionamientos actuales están modificando nuestra sensibilidad misionera.

Ejercicio 1: Cambios y cuestionamientos

Siguiendo las indicaciones de la Carta Circular *Misioneros* (II, 1), vamos a tratar de descubrir los cambios que se están produciendo a nuestro alrededor y los cuestionamientos que provocan para vivir nuestra vocación de apertura universal. Se trata de observar dichos aspectos y otros que podamos descubrir para ver en qué sentido nos bloquean o paralizan y en qué forma pueden dinamizar o estimular aspectos de nuestra vocación misionera universal.

Podemos usar el siguiente cuadro, si nos ayuda, o bien otra forma similar que nos resulte más apropiada:

Aspectos	¿Qué significa para mí?	¿En qué forma influye negativamente en mí?	¿Cómo me estimula o dinamiza?
La globalización			
El pluralismo cultural y religioso			
El desafío de lo secular			
La búsqueda de verdadera armonía			
(Otros aspectos, como por ejemplo...)			

2.2. La misión universal, una cuestión de entusiasmo

No se puede entender lo que significa la misión universal si no comenzamos correctamente; es decir, en el corazón del Dios Trinidad. La índole misionera de la Iglesia está basada dinámicamente en la misión trinitaria, la *Misio Dei*, como resalta el concilio Vaticano II. La Iglesia es misionera por su propia naturaleza (cf. *Ad Gentes* -AG- 2) y lo es en cuanto "manifestación, epifanía y realización del plan de Dios en el mundo y en su historia" (AG 9). Por eso, la misión universal de la Iglesia hunde sus raíces en el Dios trinitario. Dios no es una idea abstracta o un sistema cerrado, algo así como un *Ipsium esse subsistens* narcisista, encantado de haberse conocido y permanentemente sumergido en el océano de sí mismo. Es una comunidad abierta,

que vive, existe y se hace comprensible en torno al amor entregado. **El amor es el punto de partida de la misión de Dios Padre en el Hijo:** "Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en él, no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3, 16) y de la misión del Espíritu, que procede del Padre enviado por el Hijo a los que creen en él (cf. Jn 15, 26; Jn 7, 39). Ese amor entregado no es un hecho puntual del pasado; es un presente continuo, que se sigue dando hoy, saliendo de sí y manteniendo y perfeccionando el universo entero y al hombre dentro de él.

El creyente es alguien que ha experimentado a este Dios-comunión y comunicación de amor a través de la acción del Espíritu, que es, por así decir, la exterioridad de Dios, o más poéticamente el *digitus Paternae dexteræ*, el dedo de la mano derecha del Padre. Aunque a veces lo llamemos "el gran desco-

nocido”, en realidad lo mucho o poco que “sabemos” de Dios es gracias al Espíritu. En el Espíritu y por su acción, Dios se nos hace accesible. En el tacto del Espíritu, Dios nos hace sentir su ternura, protección, fuerza, amor y presencia. Como recordábamos ya en el **Cuaderno 1**, nadie puede llegar a la fe confesante que grita “Jesús es Señor” si no es movido por el Espíritu (cf. 1 Cor 12, 3). El Espíritu es nuestro pedagogo y mistagogo hacia el corazón del Dios Trinidad: “solo el Espíritu conoce las cosas de Dios” (1 Cor 2, 12) Gracias a Él, podemos entrar en el diálogo amoroso de la comunión divina. Podemos “entusiasmarnos”; es decir, vivir en Dios (*en-Theo*, en griego). El entusiasmo así entendido, no proviene de realidades circunstanciales externas, como el buen tiempo, la salud insultante, el tono vital, la situación económica favorable o los éxitos en el trabajo. Brota del corazón que se sabe anclado en Dios, fundamentado en Él. El creyente sabe por experiencia que “en Él vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17,28). Por eso, todo lo que sucede –sea lo que sea– se vive como algo que viene de las manos de Dios, como algo que no escapa a su amor entrañable.

Quien vive este entusiasmo entra en el misterio del Dios comunión y vive la comunión con todo y con todos. Participa en la corriente entusiasta de la *Missio Dei*, que sale de sí y se hace hombre en el Hijo y se derrama en el Espíritu sobre toda carne. La primera forma de misión compartida es esta: participar por gracia en la misión de Dios. El quiere que “todos los hombres sean salvados y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tim 2, 4). En este versículo está sintetizada toda la intensidad misionera de la voluntad originaria del Padre. Él, a través de las manos del Hijo y del Espíritu (cf. *Adversus haereses*, V, 6, 1; 28, 3) lleva a cabo su misión en la historia del mundo. En la corriente de amor de esta misión trinitaria se entiende y desarrolla la misión de la Iglesia y la de cada uno de nosotros. Quien se entusiasma, hace propios los deseos de Dios, su Padre, y, como Claret, desea con todas sus fuerzas y hace todo lo posible para que sea conocido, amado, servido y alabado por todos (cf. Aut 222).

No se trata de sueños románticos o ilusiones ingenuas, propias de gente con poca sindéresis. Es la exageración del amor, que no descansa hasta que se haga realidad lo que el amado ama. **El estilo de la misión de Dios, la entrega incondicional de sí mismo por amor, será el estilo de la misión de aquel que vive en Dios, entusiasmado: orar, trabajar y sufrir para que todos tengan vida y la tengan en abundancia.** Donde no existe entusiasmo no puede haber impulso misionero. Por eso la falta de perspectiva universal en la misión es un síntoma claro de falta de fe, porque “la misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. ¡La fe se fortalece dándola!” (RM 2).



Ejercicio 2: La exigente mística de la misión



Este ejercicio te invita a contemplar el icono de la Trinidad, tal y como lo plasmó el monje ortodoxo Andrei Rubliov. **Alguien ha dicho que la Trinidad existe porque la ha pintado Andrei Rubliov.** Aunque sea una exageración, no cabe duda de que el camino de la sublime belleza que ha abierto el iconógrafo ruso nos acerca e introduce mejor en el Misterio que la mayoría de los tratados teológicos que podamos hallar.

La mirada descansa en el diálogo de esos tres ángeles sentados a la mesa en torno a la copa con el ternero sacrificado. Nuestros ojos van y vienen de uno al otro, como intentando descubrir la profunda y atrayente unidad que los enlaza (rostros, cuerpo, cetros, el azul de los vestidos común a los tres...) y los que les distingue entre sí (los vestidos, la posición en la mesa, los símbolos que tiene cada uno tras de sí...). Todavía hoy los expertos discuten quién

es quién, aunque todos están de acuerdo en que **el ángel de la derecha, según miramos, el más curvado de los tres, es el Espíritu.** Su postura nos invita a entrar en el círculo. Cuando lo hacemos, nuestros ojos se detienen en la montaña. Es el lugar de las manifestaciones de Dios en su Espíritu. Desde el trampolín de esa montaña curva, como el ángel mismo, vamos a parar al ángel central, el que tiene más marcados y “encarnados” los vestidos, con el rojo y azul, típicos de Cristo y de la madre de Dios en los iconos. Detrás de él, el árbol, que divide el icono en dos. Dejémosnos llevar por el viento a las ramas de ese árbol (símbolo del encinar de Mambré o del árbol de la vida y del Calvario). Es lugar de paso, porque desde la copa del árbol descendemos para descansar, al fin, en la casa abierta y oscura del misterio de Dios, que nos viene como al encuentro (perspectiva inversa). En ella, la claridad es tanta, que ciega. **Delante de la casa, contemplamos a Dios Padre,** a quien se dirigen las miradas y gestos de los otros dos ángeles, y en el cual el movimiento iniciado se hace vertical y se completa.

Las formas geométricas básicas (el cuadrado, el triángulo y el círculo), omnipresentes en el icono, contribuyen a hacernos descansar y provocan el encantamiento del alma por su armonía extraordinaria. Los tres están sentados a la mesa. Es una mesa rectangular con cuatro puntos cardinales, como el mundo mismo. En el centro se alza la copa del sacrificio y, debajo de ella, una especie de ventana abierta, recuerdo del lugar en que se colocaban las reliquias de los mártires en los antiguos altares orientales. Una mesa, pues, que es un altar y a la vez imagen del mundo entero.

Los tres ángeles están hablando entre sí. Las manos del Espíritu y del Hijo están como tocando el mantel blanco del mundo. Dios Padre, que también habla, parece coordinar e iniciar el diálogo. Sin duda, están hablando de su gran proyecto de amor salvífico: “Tanto amó Dios al mundo...”; “Que nadie se pierda...”; “Que todos lleguen al conocimiento de la verdad”. La comunión se empieza a hacer misión. Todo nos habla de una salida de sí para que el mundo llegue a encontrarse en Dios, fuente de la vida.

Y, sin embargo, **el icono nos llama a que entremos en ese diálogo,** en ese abrazo invisible de los tres, en la comunión-misión de amor. Pero con ello no pretende evadirnos, llevarnos fuera de la realidad o hacernos soñar mundos irreales. Cuanto más nos fijamos, vemos que Rubliov no solo ha colocado en el centro de la mesa-altar una copa con el ternero sacrificado, sino que todo el icono es una gran copa abierta, que forman los perfiles interiores de los dos ángeles que están ante nosotros. ¿Qué nos está queriendo decir con esa imagen visible e invisible al mismo tiempo? En toda su inefable armonía y belleza de formas y colores, el icono de la Trinidad está incompleto. Sí. Está incompleto, porque le faltas tú. El iconógrafo nos está provocando. Después de embriagarnos de ideal trino-unitario, de hacernos casi sentir el amor de Dios Trinidad por nuestro mundo, nos pone ante los ojos la realidad del sacrificio de Cristo y nos invita a sentarnos a la mesa para completar la copa. Es como si nos dijera: “¡Qué hermoso es todo!, ¿verdad? Pues bien, **¿qué estás dispuesto a sacrificar tú para que la copa se cierre?**”. No es casualidad que si aceptamos el reto, estaremos sentados frente a la figura del Hijo y del árbol que recuerda su sacrificio por amor. He ahí el desafío de la misión “para que el mundo crea”. No se trata de

hablar de Dios, sino de ayudar a que todos se encuentren con Él y se sienten a la mesa, embriagados por la copa que se cierra. El precio a pagar es alto: el sacrificio de mí mismo. Perderme para encontrarme. Salir de lo "mío" para que nazca el "nosotros" de la comunión. Ir hasta los confines de la tierra para proclamar un amor sin confines. Morir para resucitar.

Esta es la mística exigente de la *Missio Dei*. Es bueno que la tengamos delante de los ojos. Puede ser que, de entrada, nos eche para atrás. Tengamos paciencia. Si nos da algo de miedo mirar el icono, coloquémoslo en algún lugar de nuestra habitación para que él nos mire y nos siga pro-vocando. ¡Ojalá que nos dejemos provocar y nos sentemos cada día en la mesa del diálogo con esos tres peregrinos! Dejemos que el Espíritu nos lleve montaña arriba y nos lance al árbol en el que el Hijo nos regala con su muerte la vida, que abre el camino hacia la casa común de todos los seres humanos, que es el proyecto de amor de Dios Padre, donde todos caben.



2.3. ... de testimonio, anuncio y comunión

La Iglesia, icono de la Trinidad y nacida de la *Missio Dei*, es, pues, esencialmente evangelizadora. Existe por y para la proclamación del Evangelio. No puede limitarse en su campo de acción misionera "a un sector de la humanidad o a una clase de hombres o a un solo tipo de cultura" (EN 50) La evangelización se dirige "¡A todo el mundo! ¡A toda criatura! ¡Hasta los confines de la tierra!". Es importante caer en la cuenta de que "la misión ad gentes está todavía en los comienzos. Nuevos pueblos comparecen en la escena mundial y también ellos tienen el derecho a recibir el anuncio de la salvación" (RM 40).

El testimonio de la propia vivencia de la fe es la primera e insustituible forma de evangelización (cf. *Evangelii Nuntiandi* -EN- 21) Se trata de vivir de tal forma, que la misma existencia del testigo sea ya una llamada, una interpelación. Se hacen realidad las palabras del Cardenal Suhart, arzobispo de París en los años 50: "Ser un testigo no consiste en dedicarse a la propaganda ni en agitar a la gente, sino en ser un misterio viviente. Significa vivir de tal modo que la propia vida no tendría sentido si Dios no existiera".

Pero el testimonio, por impactante y fundamental que sea, no basta. Necesita ser esclarecido y verbalizado mediante lo que Pedro en su primera carta llama dar "razón de vuestra esperanza" (1 Pe 3, 15).

Hace falta el anuncio "claro e inequívoco del Señor Jesús" (EN 22). Por esa razón, "no hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios" (Ib.). Es más, este anuncio es "el primer servicio que la Iglesia puede prestar a cada hombre y a la humanidad entera en el mundo actual (RM, 2). Cristo, su persona y su mensaje, pueden ser aceptados porque en la personas de todos los pueblos de la tierra existen ya las semillas del Verbo sembradas por el Espíritu Santo en forma de "una espera –aunque sea inconsciente– por conocer la verdad sobre Dios y sobre el hombre" (RM 45). El entusiasmo misionero brota de saber que estamos respondiendo a esta esperanza. Este anuncio de Jesucristo no es un acto de "proselitismo". **Se trata de conectar las mejores vetas de lo humano y los deseos de paz, libertad, justicia y plenitud, ya presentes en todas las culturas, con la fuente de la vida plena que se nos ha revelado en Cristo.** Por eso, no "basta ayudar a los hombres a ser más hombres o más fieles a la propia religión; no basta formar comunidades capaces de trabajar por la justicia, la libertad, la paz, la solidaridad" (RM 46).

El culmen de este proceso evangelizador es formar una comunidad de personas creyentes en Cristo: "Porque la totalidad de la evangelización, aparte de

la predicación del mensaje, consiste en implantar la Iglesia, la cual no existe sin este respiro de la vida sacramental culminante en la Eucaristía" (EN 59). Esta nueva comunidad cristiana vive también en dinámica misionera, abierta a la Iglesia universal y tomando en serio la evangelización de otros. Se trata de continuar la dinámica del anuncio del Evangelio desde los primeros días, que ha quedado tan perfecta y bellamente esculpida en las palabras de la primera carta de Juan: "Lo que existía desde el principio (...), lo que hemos visto y oído os lo anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo" (1 Jn 1, 1-3).

Vivir abiertos a una misión de este calibre implica cambiar la mentalidad, entusiasrnos, profundizando nuestras raíces en Dios y ensanchando la dimensión teológica de nuestra vida (cf. *Misioneros*, 41-43). De ese modo percibiremos con claridad que participar como don del Espíritu en la misión universal de Dios y de la Iglesia de Cristo "es el signo más claro de madurez en la fe" (RM 49). Cuando una comunidad vive esta vocación misionera universal puede superar las divisiones internas, recobrar la unidad y vigorizar su propia fe, que se enriquece dándose, como nos recuerda *Redemptoris Missio* (2, 49...).

2.4. ... en diálogo con todos

La *Missio Dei* nace del fecundo diálogo en el corazón de la Trinidad; por eso, se desarrolla y crece en el diálogo como su tierra nutricia. **El diálogo no es una mera estrategia o táctica para pescar en río revuelto o captar la simpatía de los interlocutores. Es el "lugar propio" de la misión.** Lo exige el profundo respeto hacia cada ser humano y la obra que el Espíritu realiza en él. Vivir la misión universal desde el diálogo como una de sus formas privilegiadas nos exige realizar un proceso de descentramiento. Se trata de ponernos a la escucha del otro, no solo con los oídos, sino con todo el corazón y la mente. Es una verdadera "sintonía vital" o "diálogo de vida" (cf. RM 56), donde no solo circulan ideas, opiniones o vivencias diversas, sino los valores que

sustentan la existencia, las preocupaciones vitales, las luchas y esperanzas con sus logros y frustraciones. De este modo, en el diálogo se descubren en el otro las "semillas de la Palabra" y los destellos de la Verdad ya presentes en pueblos y culturas de todo el mundo.

Una tarea de este tipo demanda de nosotros una profunda humildad para reconocer nuestras limitaciones, estar dispuestos a cambiar nuestras formas de ver las cosas, desterrar prejuicios y dejarnos impactar por los destellos de la Verdad presentes en nuestros interlocutores. Al mismo tiempo, requiere por nuestra parte sinceridad y lealtad: no ocultar la verdad que llevamos dentro, no jugar "como a" dejar de lado nuestras convicciones más hondas, hacer "como si" pensásemos lo mismo o "como si" todo diese igual. Si fuese así, el diálogo sería un camino inviable, incluso antes de comenzar a transitarlo. **Se trata de buscar juntos la Verdad que se ha manifestado en Cristo, camino, verdad y vida del hombre.** El misionero es, como Jesús mismo, un testigo de la Verdad. A través del diálogo, nos damos cuenta de nuestras deficiencias a la hora de pensar, vivir y hablar de la Verdad.

Por eso, el diálogo misionero es un momento de purificación y conversión interior del testigo, mediante el cual nos enriquecemos y podemos enriquecer a otros. Se trata de "caminar juntos" (sinodalidad) hacia la realización del sueño del Abba para sus hijos, para toda la creación" (cf. *Misioneros*, p. 44). Este camino deparará, sin duda, sorpresas imprevistas. Debemos estar abiertos al diálogo continuo, porque estamos abiertos a la misión universal. Surgirán nuevas formas de expresión de nuestra fe confesada y nuevos caminos de vivencia comunitaria de la misma. Esta misión en diálogo "hará toda nuestra vida más misionera" (*Misioneros*, p. 46).

2.5. ... hacia la unidad consumada

La fuerza de la evangelización quedará muy debilitada si los que anuncian el Evangelio están divididos entre sí por tantas clases de rupturas. ¿No estará quizás ahí uno de los grandes males de la evangelización? En efecto, si el Evangelio que proclamamos aparece desgarrado por querellas doctrinales, por polarizaciones ideológicas o por condenas recíprocas entre cristianos, al antojo de sus diferentes teorías sobre Cristo y sobre la Iglesia, e incluso a causa de sus distintas concepciones de la sociedad y de las instituciones humanas, ¿cómo pretender que aquellos a los que se dirige nuestra predicación no se muestren perturbados, desorientados, si no escandalizados?" (EN 77).

Ecumenismo y misión universal son realidades muy vinculadas entre sí. Como es sabido, el movimiento ecuménico tiene su origen, precisamente, en la primera Conferencia Mundial de las Misiones Pro-



testantes en Edimburgo en 1910. En aquella reunión, un delegado chino "pidió a los misioneros de Europa y América que renunciasen en el terreno misional, a sus barreras eclesíásticas, explicable por la historia local de sus iglesias, pero incomprensibles para los que escuchan el mensaje del evangelio eterno". A partir de ese momento, comienza a imponerse el ecumenismo, no solo como término, sino como objetivo de la reconciliación de las confesiones cristianas, como expresión visible de la universalidad del cristianismo y como signo elocuente "para que el mundo crea". La Iglesia católica se mantuvo al principio al margen e incluso condenó este movimiento. Sin embargo, la experiencia del trabajo conjunto de los cristianos y sus vivencias comunes en los años de las dos grandes guerras mundiales, además de las reflexiones de algunos grandes teólogos, acercaron de hecho las posiciones. El Vaticano II sancionó esta línea y, desde entonces, es un armónico fundamental en la vida de la Iglesia y su misión.

Entre los creyentes de naciones tradicionalmente católicas, el ecumenismo es algo episódico, sin apenas eco. En los países donde el catolicismo es minoritario se vive con bastante más hondura porque en la vida misma de las comunidades hay que hacer frente a situaciones "ecuménicas" de hecho, como los matrimonios mixtos. Dentro de la Congregación, el ecumenismo teóricamente aparece en los documentos de los últimos Capítulos generales, si bien parece que se trata de un aspecto a tomar en serio solo en algunas regiones de la Congregación. Sin duda, no es el ecumenismo, en general, una de nuestras preocupaciones más acuciantes. A lo sumo, le dedicamos una semana al año, cuando "toca" rezar por la unión de los cristianos. Y basta.

Sin embargo, nuestra vocación universal es necesariamente ecuménica. El misionero no es un turista que está de paso, sino alguien que ha dejado su patria y su cultura para vivir un éxodo especial. Esta opción presupone un cambio de mentalidad, un ensanchamiento de la propia *ekumene* vital, que no se hace de un día para otro. Es una suerte de proceso de conversión, con toda la fuerza que tiene la palabra griega *metanoia*. Una conversión de este tipo afecta al modo de captar las cosas y situarse ante ellas. Intenta ver el mundo con los ojos del otro. Escucha, porque sabe que la verdad completa sobre uno mismo y su entorno se encuentra en los labios y las razones del otro. Este es el sentido más pro-



fundo de la vivencia ecuménica misionera en lugares donde la Iglesia católica aún no ha sido implantada o vive condiciones de minoridad o falta de libertad. La presencia de misioneros católicos es valiosa para los cristianos y los monjes de otras tradiciones cristianas. En el diálogo vital y de fe con los hermanos ortodoxos o reformados descubrimos nuestra riqueza escondida u olvidada porque hemos privilegiado unos acentos sobre otros, que ellos cultivan con mayor énfasis y esmero (pensemos en la centralidad real de la Palabra de Dios en la vida de los creyentes reformados o de la liturgia en la Ortodoxia, por poner sólo dos ejemplos). Pero la experiencia habla de que también los misioneros católicos, en su pobreza y limitaciones, pueden hacer sentir la voz y la riqueza





de la tradición católica occidental con sus peculiares expresiones históricas. En los misioneros católicos, los hermanos cristianos de otras confesiones pueden sentir nuestra tradición como algo accesible, cercano y propio. Vivir el ecumenismo real es tratar de ser, en una palabra, puentes que unen mundos y realidades que se han entendido durante siglos distintos y distantes y se han presentado como antagónicas cuando, en realidad, son armónicamente compaginables y cercanas entre sí.

Aunque todo esto pueda sonar muy bonito, contiene una gran dosis de dolor. Cuando uno vive el ecumenismo de veras, se transforma en una herida abierta en el alma. Si no se puede compartir con los otros hermanos el pan y el vino eucarísticos, ¿de qué nos sirve compartir todo lo demás? Ciertamente que la Eucaristía es el culmen y el sacramento de la unidad y que se pueden hacer otras muchísimas cosas juntos. Pero la herida sigue ahí. Es necesario creer en la eficacia histórica del sufrimiento asumido y de la paciencia. **Un misionero claretiano que vive intentando configurarse con Cristo, sufre con Él por las heridas de su cuerpo. Pero también ora y trabaja todo lo que puede con esperanza por la unidad de su propio cuerpo, del cuerpo de Cristo, que es su Iglesia indivisa.**

Y esto es algo para lo que los consagrados estamos particularmente llamados y carismáticamente dotados. Europa, tanto en Oriente como en Occidente, ha nacido y crecido a la sombra de los monasterios. Aquí descubrimos una vez más la profunda armonía que une la vida monástica en Oriente y Occidente. El Monasterio es taller y escuela de unidad en la paz, de convivencia, de apertura, de hospitalidad, trabajo creativo y fraternidad. Quizá por eso dentro de la Reforma han vuelto a aparecer movimientos monásticos y, desde hace varios decenios, existen nuevas co-

munidades como Taizé (en Francia) o Bose (en Italia), lugares ecuménicos y creadores de caminos nuevos para la unidad no solo entre las iglesias, sino entre las religiones. Estos lugares están mucho más cerca de la Iglesia indivisa que todos los coloquios de diplomáticos o teólogos de las diversas confesiones. La unidad no se construye en torno a una mesa de negociaciones, donde se acercan posturas a base de ceder terreno. No se trata de la unidad de mínimos, sino el máximo de la unidad, que es el Evangelio. **Cuando todos seamos "exageradamente" cristianos, nos encontraremos unidos en la raíz evangélica, en el Cristo que no se puede romper ni fraccionar en multitud de denominaciones.** La vida consagrada es el hogar donde se mantiene (o se debería mantener) encendida la llama de la "exageración" evangélica. En estos lugares fascinantes se puede experimentar la llamada de la Sofía de Dios que alimenta nuestra sed y nostalgia de la belleza con toda la fuerza de atracción que tiene la verdad de la iglesia unida en la diversidad. El ecumenismo no es, pues, algo meramente académico o diplomático. Es la vida y el credo de los creyentes, de Norte y Sur, Oriente y Occidente, que confiesan cada octavo día que "la Iglesia es una". Y por eso debe ser también su afán ininterrumpido, haciendo lo que está en su mano para acercarse al otro, derribar muros de prejuicios e incomprensiones y seguir rezando, trabajando y sufriendo por la unidad.

2.6. Claret y la misión universal: “Mi espíritu es para todo el mundo”

Nuestro Fundador reconoce en su Autobiografía que desde muy pequeño fue bendecido por la providencia de Dios y preparado para su misión apostólica. Una de sus primeras afirmaciones acerca de sí mismo es que por naturaleza es “muy compasivo” (Aut 9), o “de corazón tan tierno y compasivo que no puedo ver una desgracia, una miseria que no la socorra” (Aut 10). Esa ternura compasiva le da una óptica especial para mirar las cosas que le rodean con “otros ojos”. Esa visión es distinta a la que tienen otros. Donde la mayoría no ve nada o simplemente subrayan los hechos, sin ir más allá, Claret percibe llamadas o estímulos que lo impulsan a la misión.

Es interesante rastrear en los escritos claretianos la forma peculiar que tiene Claret de observar todos los acontecimientos que le rodean: “al ver...”, “si viese...”, “viendo...”. En la misma carta que dirige al Nuncio renunciando a la mitra de Cuba, Claret expone que “viendo la grande falta de predicadores evangélicos y apostólicos... los deseos tan grandes que tiene el pueblo de oír la palabra divina...” se ha decidido a actuar: “determiné reunir y adiestrar a unos cuantos compañeros celosos”. No es pura determinación.

Todo arranca de la contemplación compasiva de las necesidades que piden una implicación misionera.

Como vimos en el **Cuaderno 7**, para muchos contemporáneos de nuestro Fundador, el hecho de que nadie predicase por haber sido suprimidas las órdenes y congregaciones religiosas, era simplemente algo lamentable. Probablemente se quejaban de los gobiernos liberales anticlericales que habían tomado semejantes medidas. Pero nada más. Claret, sin embargo, ve las cosas de otro modo. No se queja ni lamenta. El Espíritu le hace ver en esos acontecimientos el revelador del don que lleva dentro. “El Señor me hizo entender” es una de sus frases preferidas cuando se refiere a la misión que ha de desempeñar. Estas palabras las aplica a

un versículo particular de la Escritura: “Y de un modo muy particular me hizo Dios entender aquellas palabras: *Spiritus Domini super me...*” (Aut 118) En ellas –como hemos venido recordando repetidamente a lo largo de esta etapa– se condensa toda su variada experiencia de sentirse preparado, ungido y enviado por el Espíritu Santo a predicar el evangelio a toda criatura. En el apéndice a su opúsculo *Avisos a un sa-*

cerdote, Claret propone, ya en 1846, una sugerente explicación de la parábolas de los talentos. El siervo que ha recibido cinco talentos es el misionero apostólico “a quien el Señor, a más del talento de la dignidad sacerdotal, le ha encomendado otros cuatro, que son los cuatro ángulos de la tierra, cuando dijo: “Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a todas las criaturas” (EE, 259).

Dios llama a Claret, a través de los acontecimientos históricos leídos a la luz de la Palabra, a salir del estrecho marco de la parroquia para predicar el evangelio a todos lo que “buscan aguas y no las hay” (texto de Is 41, 17 citado en Aut 118). Claret se siente apremiado por la Palabra (“en muchos lugares de la Santa Biblia sentía la voz del Señor... para que saliera a predicar”) y por las mociones del Espíritu en la oración (“en la oración me pasaba lo mismo”). Decide secundar lo que el Espíritu le hace sentir y determina “dejar el Curato e irme a Roma y presentarme a la Congregación de Propaganda Fide para que me mandase a cualquier parte del mundo” (Aut 120). El don que el Espíritu ha sembrado en su corazón no se circunscribe a un lugar concreto. Por eso, cuando escribe al Nuncio Brunelli le dice que si aceptase el nombramiento se ataría y concretaría “en solo arzobispado, cuando mi espíritu es para todo el mundo” (EC I, 305). Ni siquiera una diócesis como Santiago de Cuba le resulta suficiente para su celo universal. Se trata de “un punto pequeño del globo” donde no podrá “predicar tanto como quisiera”, pues entiende que tendrá que dedicarse como obispo a tareas curiales y administrativas (“los muchos negocios a que tiene que atender un Arzobispo”).

Antonio María Claret ha descubierto que el Espíritu le llama a una misión que abarca toda la tierra.

Como misionero apostólico, está adornado con los cinco talentos y es un hombre que arde en caridad. El fuego del Espíritu Santo le impele, como a los apóstoles, a recorrer el universo entero (cf. *L'egoismo vinto*, 9). Veinte años después de escribir “mi espíritu es para todo el mundo”, Claret describe lo que esto significa de un modo concreto: “Inflamados por el mismo fuego [del Espíritu Santo], los misioneros apostólicos

han llegado, llegan y llegarán hasta los confines del mundo, desde uno y otro polo, para anunciar la palabra divina; de modo que puedan decirse, con razón, a sí mismos las palabras del apóstol San Pablo: *Charitas Christi urget nos*” (*L'egoismo vinto*, IX). Tras esta descripción genérica, nos ha dejado un retrato precioso de su propio espíritu. Aunque Claret no pudo hacer realidad lo que dice, esto es lo que le dictaba



el corazón, ya en el ocaso de su vida. Los caminos que Dios le prepara para dar cauce a este torrente de fuego que abarca el mundo en toda su anchura y a todos los hombres, son cada vez más estrechos. De una diócesis concreta, pasa a ser confesor de una sola persona. Es fácilmente comprensible cuánto le hacía sufrir este contraste. Sus cartas y Autobiografía lo reflejan claramente ("Madrid es mi calvario – diré en una carta a la Madre Sacramento en 1861–; sin embargo, no quiero bajar de la cruz hasta que me esclaven". (cf. también Aut 620, 621, 692, 693, 762...; EC I, 1334-1335. 1597...; EC II, 351-352, 397-398. 1388. 1391...)). No obstante, **lo que parece una reducción de horizontes geográficos, se revela un laboratorio fecundo de universalidad de medios apostólicos, interlocutores y destinatarios de la misión.** A los ministerios de siempre (predicación, confesión, prensa escrita...) se añadirán otros nuevos (dirección espiritual, apostolado de los laicos y las asociaciones, enseñanza...) con una vivencia cada vez más profunda y "pasiva" de la misión, subrayando el padecer con Cristo, el martirio y la oblación de la propia vida (cf. Aut 742, 784; EA 574, 619). **Precisamente en los últimos años de su vida se puede decir que Claret se sirve de todos los medios posibles (universalidad de medios) para llegar a los más posibles (universalidad de destinatarios).**

Los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María son para Claret aquellos "a los que Dios había dado el mismo espíritu" (Aut 489) que a él. Sabe que no puede llegar a todos ni a todas partes, como el fuego de su corazón le pide. Por eso, desde el comienzo mismo de su ministerio apostólico busca colaboradores (cf. EC I, 95) para "hacer con otros lo que solo no puedo" (EC I, 305). En ellos revive y se recrea la misma experiencia claretiana de sentirse capacitados, ungidos y enviados a evangelizar. Claret les aplica las mismas palabras que el Señor "de un modo muy particular" le hizo entender: *Spiritus Domini super me...*" (Aut 687). Va incluso más allá y afirma: "El Señor me dijo a mí y a todos estos Misioneros compañeros míos: (...) *Spiritus Patris vestri, et Mater vestrae loquitur in vobis*". El Espíritu del Padre y de la Madre hablan en ellos.

Claret, atado a la Corte, "como un perro a un poste" (Aut 623) o "como un pájaro enjaulado" (Aut 621) siente santa emulación "y casi envidia" de los misioneros "que tienen la dichosa suerte de ir de un pueblo a otro predicando el santo Evangelio" (Aut 638). En una entrañable carta del 20 de agosto de 1861, dirigida al Superior General, P. José Xifré, después de revivir en forma de desahogo su verdadero espíritu ("¡Quién me diera el poder correr predicando por toda España, por todo el mundo...!" –EC II, 351–), describe a los misioneros con sus propios rasgos apostólicos: "...cuando considero que ellos trabajan para que Dios sea más y más conocido y amado; y para que las almas se salven y no se condenen, yo no sé lo que siento... ¡Oh Hijos del Inmaculado Corazón de

mi queridísima Madre... quiero escribiros y no puedo por tener los ojos arrasados en lágrimas. Predicad y orad por mí" (EC II, 352). **Ellos prolongan la misión de Claret y ocupan el lugar en el que a él le gustaría estar. Se siente en comunión con ellos, contento de que sean sus hermanos.** De ahí que se coloque a sí mismo en el último puesto de la comunidad misionera, como siervo de todos. Con la mayor naturalidad del mundo afirma: "Yo tengo tanto cariño a los Sacerdotes que se dedican a las Misiones que les daría mi sangre y mi vida, yo les lavaría y besaría mil veces los pies, yo les haría la cama, les guisaría la comida, y me quitaría el bocado para que ellos comiesen. Les quiero tanto que de amor me vuelvo loco por ellos. Ni sé lo que haría por ellos" (EC II, 352).

Esta imagen de Claret que elige por amor el último puesto con los menesteres más serviles es un comentario elocuente acerca de la participación de todos en la misión universal.

Desde el entusiasmo y el amor misioneros, nada es pequeño, todo es importante y todo ayuda a hacer realidad el Reino de Dios. Nadie, esté como esté o esté donde esté, es ajeno a esta forma de entender la misión. Nuestra identidad misionera no se expresa sólo cuando realizamos actos específicamente "misioneros" (predicación, liturgia, diálogo interreligioso, promoción humana...), sino cuando en el servicio más sencillo, e incluso oculto, hacemos las cosas bien, porque sí. Cuando creamos belleza, favorecemos la cultura de la paz o de la vida en todas sus formas. La persona divinizada por la acción del Espíritu –es decir, el santo– es quien santifica todo lo que toca y transforma el mundo. En el orden de la santidad, las cosas más pequeñas y sencillas, incluso invisibles, han sido y son grandes vías misioneras. Baste recordar a tantos grandes Hermanos misioneros a lo largo de nuestra historia para ilustrarlo.

En uno de sus últimos escritos–quizá ya cerca de su final en Fontfroide– habla Claret de los Misioneros no sólo como un instrumento para la misión, como saetas en manos de María, sino como los brazos mismos y los pechos de la Madre de Dios. Una de las palabras que más se repiten es precisamente "todos". Los Misioneros "han de conducir a María a todos". "Los brazos de María son los Misioneros de su Congregación, que con celo trabajarán y abrazarán a todos" (EA, 665).



Ejercicio 3: A vuelta de correo

Comienza leyendo de nuevo esta entrañable carta que dirige Claret a sus hermanos misioneros por medio del P. José Xifré (cf. **Anexo 2**) Toda la carta traspasa una situación especial de fervor y vivencia del amor de Dios. Estamos a una semana de la “gracia grande” que el Señor le concederá el 27 de agosto de 1861. Además del contenido de la misma, que ya hemos comentado, reseñemos dos pequeños detalles del final de la carta:

- El primero es la referencia a un “papelito” que Claret desea que todos los misioneros copien y lleven consigo. Sin duda es lo que en otro lugar Claret llama “recuerdo que se hace a sí mismo”. Se trata de lo que hemos dado en llamar “la definición del misionero”, síntesis concisa y hermosa de su espíritu misionero ardiente y universal.
- El segundo detalle va en la posdata: “Un día me hicieron predicar en la estación del ferrocarril a la gente que estaba allí esperando al tren”. El ferrocarril es en esa época el símbolo por excelencia del progreso, el aire del futuro, la comunicación y el desarrollo. Claret acepta complacido los nuevos púlpitos –hoy diríamos los “nuevos areópagos– para llevar la Palabra de Dios a todo hombre. Podemos preguntarnos qué haría nuestro Fundador si viviese en una época como la nuestra, con tantas posibilidades. Desde luego, que no desdeñaría ningún medio para hacer presente el Evangelio y llegar a todos los confines de la tierra.

Ahora te toca a ti. ¿Por qué no escribes una carta de respuesta a tu padre, fundador, maestro y compañero en las lides misioneras universales? Cuéntale cómo vives el don que has recibido: tus ilusiones, tus decepciones, tus miedos y tus esperanzas. Pídele ayuda y consejo en algún aspecto concreto. Y no dudes de que Claret mismo, a vuelta de correo, te contestará.

2.7. Educar los sentidos

Cuando llega el momento de aterrizar y encarnar lo que significa la misión en sus diversos aspectos (cf. CC 48), las Constituciones nos piden que, al pensar en los medios concretos para realizarla, fomentemos, “ante todo”, es decir, lo primero de todo, una serie de sentidos que darán un color y un sabor especialmente claretianos a todo lo que hagamos y que nos ayudarán, además, a elegir aquellos caminos de misión más apropiados en cada circunstancia, sin caer en estereotipos.

a) La intuición para captar

Desde hace tiempo buscamos caminos para ser signos del amor de Dios en nuestro mundo. Estamos tratando de captar intuitivamente las vías y actitudes vitales más a propósito para anunciar el evangelio de modo creíble. Parece que los vientos soplan no hacia un cristianismo masivo y sociológico, sino, más bien, minoritario y de aparentemente escaso influjo social, político y cultural. No debemos soñar con una “re Cristianización” de los países de “vieja cristiandad” o una gran cruzada triunfalista por los caminos del mundo. Pero tampoco hay que acomplejarse. **Siempre es posible y necesario el anuncio gozoso y en libertad de Jesús y su evangelio con palabras y signos comprensibles para los hombres de nuestro tiempo a lo largo y ancho de este mundo.** Quizá en algunos lugares, como en la vieja Europa o en otros lugares de tradición cristiana, hace tiempo que “han oído hablar” de Jesús y no parece interesarles mucho lo que

pueda ofrecerles para alcanzar su plenitud. En este contexto de fuerte secularismo es urgente repensar la profecía de nuestras palabras y de nuestro modo de vida.

Quizá hoy, frente a un panorama tan poco sensible a propuestas religiosas y morales de tipo discursivo, sea necesaria una terapia de choque parecida a la de los “locos de Dios” del cristianismo oriental que con su modo de vida “ingenuo” y “contracultural” ponían patas arriba los valores del dinero, el poder o el saber vividos al margen de Dios. Intentemos sobre todo centrar nuestra propuesta en lo que verdaderamente la gente espera de nosotros y en lo que deberíamos ser de verdad expertos. **Lo urgente, oportuno y eficaz es enganchar a nuestros contemporáneos a la vida del Espíritu.** Cuando hablamos de espiritualidad como propuesta urgente y eficaz para nuestro tiempo, queremos decir conectar con la realidad más profunda de nosotros mismos donde la realidad de Dios está viva. Para ello es necesario reivindicar desde nuestro modo de vida personal y comunitario la superación del espíritu de sospecha como forma de análisis de la realidad. Recuperar una especie de nueva inocencia o ingenuidad lúcida, de la que hoy hablan expertos desde diversos campos. Hace falta fe para que nazca lo nuevo. La misión universal, como ya hemos dicho, puede ser el *kairós* de esa fe en los otros, en la realidad, en Dios que ha hecho todo “muy bueno”. Nuestro mundo occidental nos ha educado en la desconfianza y por ello necesitamos controlar a los otros, dominarlos, también religiosamente, para no experimentar la angustia que ha

generado en nosotros la desconfianza radical. Aquí la presencia de Teresa de Lisieux con su camino de infancia espiritual, dando importancia a los detalles pequeños, es un ejemplo a seguir. O la "ingenuidad lúcida" de Francisco de Asís o de Claret compasivo y manso.

Esta fe, como un nuevo nacimiento, se nos regala en el encuentro con Cristo y en la vida del Espíritu "que sopla donde quiere". La Iglesia propone hoy como camino, para alcanzar esa fe, vivir una "Nueva Evangelización", que según los *lineamenta* del Sínodo de 2012, "consiste en el coraje de atreverse a transitar por nuevos senderos, frente a las nuevas condiciones en las cuales la Iglesia está llamada a vivir hoy el anuncio del Evangelio. (...) Es la capacidad de hacer nuestros, en el presente, el coraje y la fuerza de los primeros cristianos, de los primeros misioneros".

Si no actuamos con valentía y audacia evangélicas por miedo a que nos tomen por locos, puede ser que terminemos perdiendo lo esencial del evangelio y nuestra razón de ser como cristianos. Quizá nos haga falta perder un poco más la cabeza para ganar en cordura evangélica. En otras latitudes, como África o Asia, se percibe que la misión está en otra etapa. Se necesitan otros caminos que habrá que transitar en diálogo con las diversas culturas y religiones, pero sabiendo siempre que nuestra especial aportación irá también por el descubrimiento o enriquecimiento mutuo de la espiritualidad.

b) La disponibilidad para renunciar y anunciar

La llamada de las fronteras geográficas, culturales o sociales de la evangelización nos debe interpelear y empujarnos a hacer pequeñas locuras en nombre del espíritu de la itinerancia misionera, que exige desarraigo y disponibilidad. **Es, de algún modo, morir a la propia identidad para nacer de nuevo en otras latitudes geográficas y culturales.** Se trata del viejo reto, aunque eternamente provocador y actual, de la *xeneteia* (la itinerancia misionera, para nosotros). Los cristianos de los primeros siglos tenían conciencia de ser peregrinos. Cuando el apóstol Pedro les escribe su primera carta les llama *par'oikus*, peregrinos, o forasteros sin patria (cf. 1 Pe 2, 11). La Carta a Diogneto, a mediados del siglo III, nos recuerda que para un cristiano "cualquier tierra extranjera es patria y cualquier patria es tierra extranjera". Poco a poco, sin embargo, nos acostumbramos a la tierra extraña y de *par'oikús* pasamos a ser párrocos con título de propiedad y raíces hondas e inamovibles.

La vida consagrada encontró en la expatriación, la *xeneteia*, ("hacerse extranjero"), una de las formas más radicales de la pobreza y un testimonio profundo del evangelio, como buena noticia universal. Esta era una forma muy conocida ya entre los monjes sirios y después entre los inquietos monjes iro-celtas que la asumieron bajo el nombre de *peregrinatio pro Christo*.

La *xeneteia* claretiana es la disponibilidad para hacer realidad lo nuclear de nuestra vocación y misión universales. Cuando Claret escribe "mi espíritu es para todo el mundo" entiende que no puede echar raíces en un lugar concreto. Ha de estar dispuesto a ir en cualquier momento adonde la obediencia le envíe. Para él y los primeros claretianos el trabajo parroquial y la vocación misionera eran cosas incompatibles. La disponibilidad exige, como dicen las Constituciones, "renunciar a todo (...) con el fin de realizar la misión de propagar la fe" (CC 48). Uno de los impedimentos a esta disponibilidad para la misión universal es, según el texto constitucional, un amor "desordenado a la patria o a la propia cultura" (CC 49). **La itinerancia misionera nos lleva a ir más allá de la propia patria y renunciar al amparo del hogar. Se trata de una forma de desvalimiento extrema que indica que la propia patria está en otra parte, en la patria común de todos.** La misión fuera de los territorios conocidos nos ofrece la posibilidad de "perder las raíces" para ganar en universalidad y nacer de nuevo en otro mundo lejano del nuestro. Dar este paso implica una profunda inversión de tendencia en la vida, que exige perder mucho y pasar años enteros sin posibilidad de articular palabra o frase coherente, sin tener un rostro concreto, casi sin identidad propia.

La pobreza en la palabra es el prelude de la inculturación, de la encarnación de la Palabra. Esta espiritualidad de la expatriación por el Reino nos ayuda a abrir espacios cada vez más amplios en la mente y en el corazón. En muchos lugares de nuestro mundo donde se está empezando a anunciar el Evangelio, el hecho de la inculturación de los misioneros es el sacramento de la "plantación de la Iglesia" (*plantatio ecclesiae*), que hasta ahora no se ha realizado porque se vive todavía de formas y modos foráneos. De lo que se trata en realidad, no es de que los misioneros se hagan personas del lugar. Lo importante es que los interlocutores de una determinada cultura comprendan que no necesitan perder sus raíces para hacerse cristianos. En algunos contextos como los que hoy vivimos culturalmente, donde se subraya excesivamente "lo propio" como factor de identidad, la *xeneteia* de ayer y de hoy es una forma de ensanchamiento, que da alas a la misión y nos hace volar con la rosa de los vientos como horizonte.

Ejercicio 4: Ser los brazos de María

Este ejercicio es más contemplativo que reflexivo. Su objetivo es profundizar en el texto que Claret escribe sobre sus misioneros ya al final de su vida (cf. *Escritos Autobiográficos*, 665). Puede que fuera lo último que escribió, algo así como su testamento. Claret contempla místicamente a sus misioneros no solo como saetas en manos de María, un instrumento en sus manos, sino como algo más íntimo y personal: **los brazos mismos y los pechos de la Madre de Dios**. Profundicemos en esta imagen.



Tenemos delante de los ojos la versión en forma de icono oriental del cuadro que presidió la fundación de la Congregación, la Madre del divino Amor. María aparece con los atributos típicos de la *Theotokos*:

- los colores azul (túnica) y rojo (manto o “marforion”),
- las tres estrellas que indican su virginidad perpetua (antes del parto, en el parto y después del parto).

María es el trono de la Palabra de Dios encarnada en su hijo Jesús, un niño con rasgos de persona adulta (puer-senex lo llaman los expertos) que con su mano derecha hace el gesto de la palabra y con la izquierda sostiene el rollo de la Palabra escrita. Al comenzar a contemplar el icono, María se nos presenta grandiosa, ocupando casi toda la superficie. Pero cuanto más nos fijamos, vemos que su figura disminuye y crece la del Hijo, que es el centro de nuestra atención.

En los iconos María nunca habla. Su silencio, sin embargo, tiene una elocuencia especial al servicio de la Palabra encarnada. Nos hablan sus ojos, que nos miran y nos invitan a escuchar al Hijo, que es todo Palabra: encarnada, proferida, escrita. Su corazón, herido por la espada que le predijo Simeón, está todo él inflamado en amor, como un eco del corazón de su Hijo, que arde en deseos de que se cumpla la voluntad del que lo envió.

El centro del icono lo ocupan las manos de María, en las que queremos detener nuestra atención. No son manos que hablen, pero ejercen dos funciones muy importantes en la misión del Hijo. Una de ellas lo sostiene en pie, lo mantiene erguido. La otra mano, extendida, muestra el camino, “Jesús, fruto bendito de su vientre”. Por eso a estas imágenes de la Madre de Dios se les llama *hodigitria*; es decir, la que muestra el camino. Es la traducción iconográfica de las últimas palabras que

María pronuncia en el evangelio: “Haced lo que Él os diga”. Hay toda una diagonal de manos que muestran, sostienen, guardan y profieren la Palabra. Esa es la misión de los brazos de María.

Quizá a la luz de la belleza de estas imágenes podemos comprender lo que significa **ser “brazos” de María**. Tal vez no siempre nuestra misión evangelizadora esté vinculada necesariamente a la predicación explícita de la Palabra. Muchas veces, por razón de la edad, el lugar u otras circunstancias de la vida, nos tocará callar. Como María, tendremos que sostener en silencio la Palabra, guardarla y meditarla. Esto forma parte de nuestra misión. Y, hagamos lo que hagamos, siempre debemos ser, como María y los discípulos del cuarto evangelio, personas que “lleven a otros a Jesús”. Probablemente esta tarea de mostrar a Jesús —un modo “indicativo” más que “exhortativo” o “imperativo”— sea hoy especialmente necesaria en la misión. Será un modo de disminuir nosotros para que crezca Él. Ni más ni menos que lo que hizo y sigue haciendo María.

1. **Contempla y admira en silencio el icono**, sobre todo, las manos de María, sus ojos y su corazón.
2. **Dale las gracias** porque ha tenido a bien hacernos partícipes del don de “cooperar con su oficio maternal en la misión apostólica” (CC 8).
3. **Finalmente, pídele que te ayude a entender** concretamente en qué aspectos de tu misión debes seguir disminuyendo para que crezca Jesús en aquellos a los que has sido enviado.

c) La catolicidad para ir donde sea necesario

El término griego *katholikós* tiene un doble sentido, según el *Catecismo de la Iglesia Católica* (cf. nn. 830-831): la integridad y plenitud de los medios de salvación, en cuanto que Cristo está presente en la Iglesia como Cabeza de la misma; y la universalidad, en cuanto enviada a la totalidad del género humano. En frase genial de San Agustín, la Iglesia es católica "porque no se ha degradado en nada y porque está difundida por toda la tierra" (*De Gen ad litteram*, 1: PL 34, 221) En muchas lenguas del oriente cristiano, el término "católico" se traduce por "conciliar" o "sinodal", subrayando la profunda vinculación de cada creyente con la comunidad total. Es decir, la catolicidad, entendida como plenitud de verdad y amplitud universal, se alcanza en la medida en que se vive en la comunión profunda con los otros.

Si la persona se realiza llevando a cabo la "consustancialidad" de todos los hombres, se comprende que para el cristianismo de Oriente la salvación individual es una contradicción en sí misma. El deseo de una salvación universal de todos los seres humanos ha sido siempre uno de los temas recurrentes de esta espiritualidad, que ha hallado un amplio eco popular. En Oriente, algunos Padres de la Iglesia y muchos maestros de espiritualidad han creído en esta salvación para todos. Algunos, como Abraham, han regateado y discutido con Dios, pidiendo como Ivan Jakovlevitch, uno de los "locos de Dios" del siglo XIX: "que todos se salven, que toda la tierra se salve".

En la tradición occidental tampoco faltan testimonios parecidos. Claret es uno de ellos. Ya desde niño, al pensar en la eternidad, se inflama en él



el deseo de hacer todo lo posible para evitar que se pueda perder eternamente algún ser humano (cf. Aut 8-14). Durante el Noviciado en la Compañía de Jesús, en sus oraciones expresa con intensa fogosidad ese ardiente deseo de que todos los hombres se salven (cf. Aut 154-164). Y llega a pedir al Señor, siguiendo a santa Catalina de Siena: "Dadme, Señor, el ponerme por puertas del infierno y poder detener a cuantos van a entrar allá y decir a cada uno: ¡Adónde vas, infe-

liz? ¡Atrás, anda, haz una buena confesión y salva tu alma y no vengas aquí a perderte por toda la eternidad!" (Aut 212).

Por otra parte, la escasez numérica, aceptada o simplemente sufrida, nos ha ayudado a darnos cuenta de lo que significa la misión como tarea de la Iglesia entera, sobre todo de los laicos. Poner en el centro de nuestras preocupaciones este armónico afecta profundamente a la vivencia de nuestra identidad misionera. Ante todo, perdemos protagonismo, tenemos que disminuir para que otros crezcan y lleguemos a ser hermanos en la misión universal. No es generosidad, sino deber de justicia. Hasta hace muy poco la misión de la Iglesia estaba casi exclusivamente en nuestras manos. Lo hemos sido todo en la misión, porque hemos despojado de sus bienes eclesiales a nuestros hermanos los laicos. Ahora nos toca ayudarles, sin paternalismo, a reencontrar su sitio eclesial. Se nos pide ser generosos en lo que entraña su formación y preparación para implicarse en la misión común compartida. Y no se trata sólo de trasvase de bienes materiales o culturales. **Hoy muchos laicos quieren, sobre todo, compartir nuestros bienes espirituales, nuestros caminos de espiritualidad y seguimiento.** Desean que les acompañemos en la lectura de la Palabra, que les ayudemos a descubrir la espiritualidad evangélica, porque sienten que no es patrimonio exclusivo nuestro, sino un bien común de todo el pueblo de Dios.

En este campo de la misión compartida hay diversos niveles de implicación y diferentes formas de hacerla efectiva. En la carta circular *Misioneros*, el P. Josep M. Abella, Superior General, hace un análisis bastante completo que conviene recordar. La implicación en la tarea misionera ha de ser, necesariamente, diversa en un laico y en un consagrado. Nosotros, por vocación divina, hemos sido llamados a "dejarlo todo y seguirle". Esta es nuestra forma peculiar de participar en la misión: con todo lo que somos y tenemos. Nos hemos entregado en cuerpo y alma a Cristo para que nos envíe donde quiera. Un laico casado, padre o madre de familia, con una profesión a tiempo pleno, no podrá implicarse en la misión de la misma forma que nosotros. No podemos ni debemos soñarlo.

La misión compartida no es una moda del momento o un modo de suplir los huecos de la escasez numérica. Se trata de hacer realidad lo que nos piden las Constituciones ("asociamos en el Señor a nuestras obras apostólicas a todos y cada uno de los que, impulsados por espíritu misionero, desean colaborar con nosotros" (CC 48). **Es una forma concreta de ensanchar nuestros horizontes misioneros.** Es un verdadero *kairós* para hacernos más universales en la misión, de la que nadie es propietario o responsable en exclusiva. Al mismo tiempo, nos ayudará a vivir una realidad que en los últimos tiempos se está experimentando con fuerza creciente. Una misión sin comunión eclesial es propaganda o adoctrinamiento. Muchos documentos eclesiales, a partir de *Evangelii*

Nuntiandi, azuzados por el contexto histórico en que vivimos, poco sensible a discursos y teorías, nos piden regenerar y reforzar el tejido comunitario de la vivencia de la fe. **La comunidad cristiana es el lugar natural del encuentro con Jesús.** Pero esto solo es posible captarlo intuitivamente desde la percepción de un nuevo estilo de vida en comunión, que encarna el amor en la acogida del otro. El mejor argumento de la verdadera Iglesia de Jesús es la unidad en el amor, donde cada creyente es capaz de renunciar a sí mismo para que crezca el otro. El testimonio de la unidad y la comunión de los diversos carismas dentro de la comunidad eclesial es, pues, indispensable para que se pueda suscitar la fe como respuesta a formar parte de la comunidad de Jesucristo. Y esta comunión tiene diversas direcciones. No pensemos sólo en los laicos “comprometidos”. También en los demás carismas y ministerios eclesiales, la comunión con otros consagrados, presbíteros y, sobre todo, con nuestros obispos, de los cuales somos “esforzados auxiliares” (CC 6).



Ejercicio 5: La guarda de los sentidos

La llamada “guarda de los sentidos” es una conocida forma ascética para que nuestros sentidos corporales no sean un obstáculo en el camino de la vida espiritual. Podemos tomar prestado el término, pero para hablar de otra cosa. En el número 48 nuestras Constituciones se nos presenta la necesidad de fomentar en nosotros mismos una serie de sentidos para realizar la misión universal que hemos recibido. Los sentidos corporales (vista, tacto, gusto...), unidos a otros (el gusto estético, musical, la sensibilidad ante la pobreza...), son capacidades innatas que exigen entrenamiento y práctica para desarrollarse. Si esto no sucede, las posibilidades enormes se paralizan, se atrofian.

Tomando el texto de nuestras Constituciones, puedes hacer una pequeña radiografía de tus sentidos misioneros. Haber recibido el don de gracia de la vocación misionera significa que tú, sin mérito propio, has recibido gratis muchas posibilidades para vivir abierto al mundo, como Claret. A lo largo de la formación inicial y permanente nos toca poner en práctica esas facultades, es decir, “fomentar” —como dice el texto— en nosotros mismos dichos sentidos.

1. Después de haber leído el **texto de las Constituciones** (cf. CC 48) y el comentario hecho en este Cuaderno, toma cada uno de los “sentidos” y pregúntate:
 - ¿Qué significa concretamente para mí el sentido de intuición para captar lo más urgente, oportuno y eficaz? ¿Es una frase hecha o algo que, aun sin saber definir bien, entiendo y vivo?
 - ¿Qué dificultades encuentro para fomentar en mí este sentido? ¿Estoy anclado, amarrado a lugares, personas o actividades y métodos, de los que no me puedo despegar?
 - ¿Qué estímulos encuentro para fomentar y crecer en este sentido de intuición? ¿Cuentas con algún experto que te ayuda a estar “en forma” para captar lo más urgente oportuno y eficaz?
 - ¿Qué hacer en el futuro? ¿Cómo puedes ayudar a tus hermanos de comunidad a fomentar este sentido?
2. Haz lo mismo con el sentido de **disponibilidad** y el **sentido de catolicidad**.
3. Al terminar, **da gracias a Dios por el don de la vocación-misión** recibida y termina recitando la oración apostólica del P. Claret (“Dios y Padre mío...”).

3. Sugerencias para la reunión comunitaria

Sería oportuno que antes de la reunión comunitaria, algunos de la comunidad se hayan repartido la tarea de **escoger cinco experiencias diversas de misión claretiana por continentes** tomando como referencia los folletos de los dos últimos años de *La Misión Claretiana*. Al estar en octubre, mes del rosario, puede resultar conveniente que esta oración, tan claretiana y tan universal, sirva de engarce a las diversas experiencias misioneras.

Preside la reunión un *mapamundi* o un globo terráqueo, la Biblia abierta y un cirio encendido.

1. **Oración inicial**, tomada del Directorio espiritual (por ejemplo, la número 77 u otra que se considere oportuna) recitada por todos.
2. Un miembro de la comunidad presenta brevemente una **experiencia misionera de uno de los continentes**. Intentamos localizar en el mapa dónde se encuentra el lugar. Al terminar, se recita el **primer misterio del Rosario de los Misterios de Luz**.
3. Así sucesivamente, hasta completar las **cinco experiencias de los cinco continentes y los cinco misterios del Rosario**.
4. Finalizamos con la **"Oración apostólica"** de Claret.
5. Como gesto de comunión fraternal misionera se podría **escribir una carta comunitaria a algún misionero** conocido que se halle en alguna de las fronteras misioneras de la Congregación expresando nuestra cercanía, oración y aliento.



En algún momento del encuentro o retiro se puede ver en comunidad alguna película sobre alguno de los temas de este **Cuaderno 8**. Sugerimos la película *La banda nos visita* (Bikur Ha-Tizmoret, 2007) dirigida por Eran Kolirin. Una película entrañable con un hondo sentido de la humanidad y el diálogo vital entre religiones y culturas. El joven director israelí Eran Kolirin nos presenta la historia de una modesta banda de música de la policía egipcia que aparece en una pequeña y aislada localidad de Israel después de haberse perdido, siendo olvidados por su embajada, mientras se dirigen a dar un concierto protocolario. Allí son acogidos por los habitantes del pueblo que, más allá de los prejuicios y las diferencias, comparten con ellos sus vidas y lo poco que tienen. La convivencia intercultural entre los músicos árabes y los lugareños israelíes plantea como en el fondo todos los seres humanos nos enfrentamos a las mismas cuestiones y tenemos los mismos deseos. La autenticidad de los personajes nos coloca ante una bondad que expresa la dignidad y la responsabilidad personal mucho más allá de lo que las leyes o los conflictos políticos y étnicos parecen declarar.

4. Pistas para la “lectio divina”



Miércoles 1 de octubre de 2014. Memoria de Santa Teresa del Niño Jesús

- Job 9,1-12.14-16
 - Sal 87
 - Lc 9, 57-62
- Comienza el mes de octubre con la memoria de la Patrona de las misiones, santa Teresa del Niño Jesús. Y el mensaje de Jesús es claro: si quieres seguirme, tienes que estar dispuesto a todo. Ese todo implica disponibilidad para vivir en la inseguridad, itinerancia, romper con el pasado y hacer una opción hasta la muerte. O para encerrarse en un monasterio y aparentemente “no hacer nada” por amor. ¿Sabemos revisar nuestros planteamientos, para adaptarnos en cada momento? Que la intercesión de santa Teresa nos ayude a ser misioneros como quiere Jesús. Como quiso nuestro Fundador.

Jueves 2 de octubre de 2014. Memoria de los Ángeles Custodios [Cal CMF, 361-365]

- Job 19,21-27
 - Sal 26
 - Lc 10,1-12
- Envío misionero, de dos, para que se vea que uno solo no puede nada. Para anunciar el Reino de Dios (no el reino de cada uno), o sea, que Dios es más fuerte que el mal, más que los problemas que nos rodean y la debilidad propia y ajena. Confiando en Dios y no en nuestros medios o en nuestras fuerzas, podemos hacer grandes obras. Aunque a muchos no les guste y se opongan. Nadie dijo que fuera fácil, al contrario, pero sí sabemos que merece la pena. El P. Claret profesaba una gran devoción hacia todos los Santos Ángeles, especialmente hacia los Custodios de los pueblos. Son mensajeros del designio de salvación de Dios sobre los hombres. Que ellos, como compatroños de la Congregación, nos ayuden.

Viernes 3 de octubre de 2014

- Job 38,1.12-21; 40,3-5
 - Sal 138
 - Lc 10,13-16
- La libertad del hombre, querida por Dios, le permite rechazar el mensaje de salvación de Jesús. Hasta ese punto nos respeta el Padre. No todos los que vivieron con Jesús aceptaron su palabra. Hoy también hay mucha gente que no ve los prodigios que Dios sigue haciendo. Tienen el corazón de piedra. Nosotros, misioneros, debemos tener un corazón de carne, para hablar de la Buena Nueva y que Cristo no nos rechace en el Juicio Final, por las cosas que no hicimos y pudimos hacer, por nuestra falta de amor, o de solidaridad. Que estemos siempre cerca del Maestro, y no tenga queja de nosotros. Jamás.

Sábado 4 de octubre de 2014. Memoria de san Francisco de Asís

- Job 42,1-3.5-6.12-16
 - Sal 118
 - Lc 10,17-24
- A veces el trabajo apostólico es agradecido, porque las cosas han salido bien. Les pasó a esos 72 enviados por Cristo. Y el mismo Jesús se alegra, pero pone en guardia sobre los peligros. Lo fundamental es que estamos colaborando en la construcción del Reino de Dios, del que todos somos ciudadanos. El reconocimiento de la gente o las victorias contra el mal son secundarias. Lo principal es saber Quién es nuestro Señor. San Francisco lo supo muy bien y con su humildad y obediencia se convirtió en modelo para muchos. Un sencillo que comprendió perfectamente dónde se manifiesta Dios. ¿Eres de los sabios, que no entienden porque no saben mirar, o ves el mundo con los ojos de Dios?

DOMINGO 5 DE OCTUBRE DE 2014. DOMINGO XXVII DEL TIEMPO ORDINARIO

- Is 5,1-7
- Sal 79
- Flp 4,6-9
- Mt 21,33-43

Isaías, sirviéndose de la imagen de la viña, denuncia la traición del pueblo de Israel. Pablo describe cómo tiene que ser la comunidad cristiana que quiera responder a la espera del Señor. Es una comunidad que vive de la acción de gracias y de la fe, que busca todo lo noble y puro: por eso da el fruto que Dios espera de ella. En el evangelio, Jesús se enfrenta a las autoridades religiosas de su época. Pero ahora la viña es la Iglesia. Dios quiere que respondamos con fidelidad, no como los viñadores homicidas. La predicación de nuestro Fundador pretendía despertar la conciencia de la gente para que aceptaran a Jesús como la “piedra angular” desechada por todos aquellos que quieren construir su vida al margen de Él. Y tú, ¿cómo estás respondiendo a la llamada que Jesús te dirige?

Lunes 6 de octubre de 2014. Memoria de san Bruno [Ordenación Episcopal del P. Fundador: Cal CMF, 367-371]

- Gal 1,6-12
- Sal 110
- Lc 10, 25-37

Escucha. Es el principio de la respuesta de Jesús a la pregunta de qué hacer para obtener la vida eterna. Amar a Dios y al prójimo, porque no se puede amar a Dios, a quien no ves, si no se ama al hermano al que ves. Los primeros personajes que aparecen hacen su opción. El sacerdote y el levita no se manchan las manos y se mantienen puros. El samaritano, un extranjero, se apiada y tiene misericordia del herido. ¿Ayudamos a levantar a los caídos de nuestro tiempo? ¿O pasamos de largo, para no llegar tarde al templo? Nuestra misión es la de ser portadores de la Buena Nueva. No aceptar la propia misión tiene su precio. Siempre. Que se lo pregunten a Jonás. El prójimo nos espera.

Martes 7 de octubre de 2014. Memoria de Nuestra Señora del Rosario [Cal CMF, 373-378]

- Gal 1,13-24
- Sal 138
- Lc 10, 38-42

Hoy nos encontramos con dos formas de ver la vida, también la misionera. Contemplación y acción? Más bien, agobio, por no dar abasto. Recibir a Cristo, mirarlo, estar en actitud humilde, a los pies, escuchando o hacer muchas cosas, acumular méritos para sentirse importante. Como misioneros, podemos – y debemos – hacer mucho, pero después de haber comprendido cuál es la mejor parte. Que no nos falte nunca la ración diaria de escucha y adoración, para saber qué quiere Dios de nosotros en cada momento.

Miércoles 8 de octubre de 2014

- Gal 2,1-2.7-14
- Sal 116
- Lc 11, 1-4

Porque somos hijos de Dios, nos atrevemos a rezarle muchas veces con la oración del Padrenuestro. Recordando que es el Padre de todos, y pidiendo que nos dé lo necesario para cada día, en lo físico y en lo espiritual. Moviéndonos entre la dimensión vertical (Padre) y la horizontal (nuestro). Que sepamos hacer la voluntad del Padre, como buenos misioneros, llevando por doquier el mensaje del Reino, preocupándonos también porque todos tengan una vida digna, alegre, libres de todo mal.

Jueves 9 de octubre de 2014

- Gal 3,1-5
- (Lc 1)
- Lc 11,5-13

Uno de los dos pies del misionero, la oración, explicada por el mismo Jesús. Porque debemos ser constantes en el contacto con Dios, para demostrarle que queremos ser sus amigos y transmitir su Palabra, no la nuestra. Orar siempre, confiando en que somos escuchados y que Dios sabe lo que nos conviene y cuándo nos conviene. Saber que si pedimos, buscamos, llamamos, se nos dará, encontraremos, se nos abrirá. Oremos para que el Espíritu nos ilumine. Y para poder enseñar a los demás a rezar de esta manera, confiada, perseverante, continua.

Viernes 10 de octubre de 2014

- Gal 3,7-14
- Sal 110
- Lc 11,15-26

Jesús fue discutido por todos. Y cuando sus enemigos no podían negar la obra, criticaban la intención. El Señor se defiende con la lógica, intentando que todos vean que el Reino de Dios ya está en el mundo. Buena tarea para un misionero: convencer con su vida que el Reino está cada día más cerca de nosotros. Haciendo el bien, y combatiendo el mal con todos los medios urgentes, oportunos y eficaces. La victoria está ya de nuestra parte, después de la muerte y resurrección de Cristo.

Sábado 11 de octubre de 2014

- Gal 3,22-29
- Sal 104
- Lc 11,27-28

La religiosidad popular no es cosa de nuestros días. La gente sencilla sabe valorar el papel de María en la Historia de la Salvación. Ella siempre estuvo al lado de Jesús, como la primera Discípula, escuchando su Palabra, poniéndola en práctica, con los ojos abiertos, para ver las necesidades de la gente que la rodeaba. Este es nuestro plan: escuchar la Palabra, ponerla en práctica y de esta forma hacer la voluntad de Dios. Así seremos también nosotros dichosos. Como nuestra Madre.

DOMINGO 12 DE OCTUBRE DE 2014. XXVIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

- Is 25,-10a Ante la amenaza asiria de invadir Jerusalén, el profeta Isaías deja entrever el juicio de Dios.
 - Sal 22 Vendrá luego el tiempo de la renovación simbolizado en el banquete. Pablo, desde la cárcel, acepta
 - Flp 4,12-14.19-20 agradecido el regalo de la comunidad de Filipos. Jesús, en el evangelio, narra la parábola del festín
 - Mt 22,1-14 organizado por un rey para celebrar la boda de su hijo. Los invitados primeros se discupan con ex-
- cusas para no asistir. La mesa se llena con gentes encontradas en los caminos. Pero también estos deben llevar el “traje de fiesta” para acceder al banquete. ¿Cómo aceptas tú la invitación que Jesús te dirige? ¿Cuáles son tu excusas? ¿Tienes tu vestido preparado?

Lunes 13 de octubre de 2014 [Hno. Manuel Giol: Cal CMF, 379-385]

- Gal 4,22-24. Muy misionera la primera lectura, hablando de hacer “que los gentiles respondan a la fe para
 - 26-27.31-5,1 gloria de su nombre”. Muchos buscan signos, pero ya no hay más signos. Cristo Jesús es el último
 - Sal 112 signo. Algunos lo hemos visto claro, y vivimos para dar fe de ello. Ojalá que nuestra predicación,
 - Lc 11,29-32 nuestro testimonio y nuestra vida hablen de esto, de Cristo Salvador, para que muchos corazones
- endurecidos se puedan convertir y recibir la luz de Cristo, a través nuestro. Ojalá podamos ser signos para los demás.

Martes 14 de octubre de 2014 [P. Joaquín Gelada y compañeros mártires: Cal CMF, 387-391]

- Gal 5,1-6 Normas y más normas complicaban la vida de los judíos. Lo más importante no era el sentido
 - Sal 118 de la ley, sino cumplirla. Cristo viene a superar la ley, dando un nuevo significado a las cosas que
 - Lc 11,37-41 hacemos. En nuestra sociedad, en nuestra Iglesia, necesitamos leyes, pero siempre poniendo por
- delante a la persona y la salvación de las almas. Necesitamos ir de dentro afuera, para purificar nuestro corazón, nuestras motivaciones, y poder dar un culto verdadero al Dios que nos ofrece su amor gratuitamente. Que es fuerza de salvación para el que cree en Él. ¿Vas al fondo o te quedas en la exterioridad? ¿Qué te mueve a hacer las cosas? ¿Proclama tu vida la gloria de Dios? Hoy nuestra Congregación recuerda el martirio de los siervos de Dios P. Joaquín Gelada y compañeros, muertos por la fe cerca de Torrelavega (Cantabria, España).

Miércoles 15 de octubre de 2014. Fiesta de santa Teresa de Jesús, virgen y doctora [Cal CMF, 393-399]

- Gal 5,18-25 Continúa el relato de ayer. Jesús no rechaza las leyes. Se opone a preferir la ley al amor de Dios.
 - Sal 1 Y nos pone en guardia ante la tentación de la vanagloria, que muchas veces rodea al misionero. No
 - Lc 11,42-46 debemos hablar tanto de nosotros, sino de Dios. Esa puede ser nuestra hipocresía. En tu trabajo,
- en tu pastoral, ¿ven a Dios o te ven solo a ti? Las normas nos ayudan, pero tenemos que ir más allá. ¿Cómo está tu relación con Dios? ¿Es formal o emocional? ¿Qué imagen damos de Dios en nuestra vida y en nuestra predicación? La monja de Ávila lo entendió muy bien. Y se dedicó a intentar reformarse ella misma para emprender después la reforma del Carmelo y de la Iglesia. Que nuestra Compatrona nos ilumine.

Jueves 16 de octubre de 2014 [H. Miguel Palau: Cal CMF, 401-406]

- Ef 1,1-10. Quizá nos pueda sonar lejano el texto de hoy. No somos ni fariseos ni doctores de la ley. No va-
 - Sal 97 mos por ahí matando profetas. Pero todos corremos el riesgo de juzgar según las apariencias y no
 - Lc 11,47-54 hacer de la fe una cuestión ritual o puramente externa. Al cerrarnos a Jesús, lo estamos rechazando,
- lo matamos un poco. Que el Señor nos dé la sensibilidad de nuestro padre Fundador, para rechazar cualquier atisbo de pecado. Que vivamos siempre con Jesús. Es posible. El 16 de octubre de 1929 murió en olor de santidad, en Cervera (Lérida, España) el siervo de Dios, Hermano Miguel Palau. Una vida entregada al Señor y a los hermanos. Una vida entregada es la mejor predicación misionera y una estependa pastoral vocacional.

Viernes 17 de octubre de 2014. Memoria de san Ignacio de Antioquía, obispo y mártir

- Ef 1,11-14 Pablo nos recuerda dónde se encuentra el mérito de Abraham. Este anciano creyó en lo que Dios le decía,
 - Sal 32 porque a sus 75 años salió de su tierra, como un verdadero misionero. No tuvo miedo a perderlo todo. A veces
 - Lc 12,1-7 el miedo nos puede, no nos deja salir de nuestra tierra. No se puede seguir a Cristo y vivir acomodado. Ignacio
- de Antioquía no temía a la muerte, porque no tenía nada que perder. Su vida era Cristo. Nuestros hermanos, los Mártires de Barbastro, con su vida de sacrificio y entrega, se prepararon para el martirio. Nosotros podemos también revisar nuestro corazón. Ver cuáles son nuestras ataduras y cómo vivir ligeros de equipaje, disponibles para la misión.

Sábado 18 de octubre de 2014. Fiesta de san Lucas, evangelista

- 2 Tim 4, 9-7 Hoy la liturgia se nos presenta muy misionera. Siempre que hay memoria de un evangelista,
 - Sal 144 como de un apóstol, algo debe moverse dentro de nosotros, sobre todo si escuchamos que “la
 - Lc 10,1-9 mies es mucha y los obreros, pocos”. Hay tanto por hacer, y tenemos que hacerlo juntos, en comu-
- nidad. Eso fue lo que movió a nuestro Fundador, san Antonio María Claret, a vivir como vivió y hacer todo lo que hizo. Hoy es un buen día para revisar cómo anda nuestra disponibilidad misionera, para ser enviados allá donde la Iglesia y la Congregación nos necesiten.

DOMINGO 19 DE OCTUBRE DE 2014. DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO [P. Jaime Girón y compañeros, mártires: Cal CMF, 407-412]

- Is 45.1-4-6
 - Sal 95
 - 1 Tes 1,1-5b
 - Mt 22,15-21
- El profeta Isaías prevé el fin próximo de Babilonia. El nuevo imperio ascendente es Persia, cuyo rey Ciro será instrumento de Dios para la salvación de los pueblos y, sobre todo, anticipación de otro siervo, completamente distinto, que llevará a cabo el designio de Dios. La carta a los Tesalonicenses se centra en la idea de la venida definitiva del reino. En el evangelio, Jesús es puesto a prueba por los fariseos, que quieren comprobar si es fiel a la autoridad romana. Jesús denuncia su mala intención y ofrece un criterio que es válido para todas las épocas: “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”. ¿Sabes vivir la autonomía de las realidades temporales? ¿Cómo las iluminas desde la fe?

Lunes 20 de octubre de 2014

- Ef 2,1-10
 - Sal 99
 - Lc 12,13-21
- Hay gente tan pobre, que solo tiene dinero. Jesús no quiere mediar entre ellos, pero sí darnos alguna norma, para saber cómo vivir y, sobre todo, para qué vivir. El dinero no es malo en sí, es necesario para vivir. Pero si todo gira en torno al dinero, a la necesidad de tener más y más, algo empieza a ir mal. Si no podemos compartir, nos alejamos de lo que Dios quiere, del destino universal de los bienes y de la idea de que todos somos hermanos. Nuestra legislación nos prohíbe acumular bienes como comunidad, gracias a la caja común, pero es bueno revisar cómo está nuestra habitación y, sobre todo, cómo está nuestro corazón. ¿Somos ricos ante Dios? ¿O nos apoyamos en lo material? ¿A qué estamos apegados? ¿Qué tal se nos da el compartir?

Martes 21 de octubre de 2014

- Ef 2,12-22
 - Sal 84
 - Lc 12,35-38
- El texto de hoy reúne varias parábolas sobre la vigilancia y la espera de la segunda venida del Señor. Estar siempre esperando a Cristo, porque no sabemos ni el día ni la hora. Y estar preparados, porque el que viene es el Juez. Como misioneros, debemos ser ministros prudentes, porque hemos sido elegidos, hemos recibido mucho y nos han confiado una bellísima tarea: el anuncio del Reino. Si nos dormimos, si no compartimos lo recibido, si no tenemos puesto el traje del servicio, nos dirán un día que no hemos sido fieles. Mirar a Cristo, servidor siempre, hasta el ejemplo del Jueves Santo.

Miércoles 22 de octubre de 2014

- Ef 3,2-12
 - Is 12,2-3.6
 - Lc 12,39-48
- Somos administradores de la gracia de Dios, y no podemos actuar como queramos, sino como Dios quiere. Vivir para los demás, no para uno mismo, y obrando con amor, sin violencia. Si Pedro esperaba una respuesta diferente, le quedó claro que el único privilegio del seguidor de Jesús es el privilegio del servicio. Si vivimos así, estaremos más cerca del Maestro, cada uno con su vocación específica, pero todos dentro del mismo espíritu. Puede ser que tú no tengas muchos cargos o muchas cargas, pero ciertamente has recibido muchos dones, materiales o espirituales, de parte de Dios. Ahí te juegas mucho de tu respuesta a Él. Que el Señor nos encuentre preparados.

Jueves 23 de octubre de 2014

- Ef 3,14-21
 - Sal 32
 - Lc 12,49-53
- El Reino de Dios muchas veces no deja indiferente. Por eso, el Señor nos previene ante los conflictos que se nos pueden presentar. Y ahí podemos aportar algo, permitir que reine una paz falsa, basada en la falta de valor para afrontar los problemas, o podemos enfrentarnos a las pruebas con la fuerza del Espíritu. El Espíritu que nos ayuda a sentir la paz y el amor de Dios. Actuar como Dios quiere puede traer problemas, incluso dentro de la familia o de la comunidad. Pero a veces es necesario echarle valor a la vida, para poder dar vida a los otros, y que el testimonio sea verdadero.

Viernes 24 de octubre de 2014. San Antonio María Claret, obispo y fundador [Cal CMF, 413]

- Is 61, 1-6
 - Sal 22
 - 2 Cor 5, 14-20
 - Mc 16, 15-20
- El *dies natalis* de nuestro Fundador es el motivo para dar gracias a Dios por su vida, por su obra y por nosotros, sus hijos, Congregación querida. Una llamada a sentir que el Espíritu de Dios está sobre cada uno de nosotros, como lo sintió Jesús en la sinagoga de Nazaret, y como lo vivió Claret. En la solemnidad de san Antonio María Claret, se nos propone el envío de los apóstoles. Apóstol y misionero se sintió nuestro Fundador. Hacerse presente en cualquier tipo de frontera, buscando siempre lo más urgente, oportuno y eficaz, usando para ello los medios más variados para construir el Reino de Dios. Cada uno con su vocación, con su carisma personal, dentro del carisma común de la Congregación. Y siendo creativos, como lo fue Claret.

Sábado 25 de octubre de 2014

- Ef 4,7-16
 - Sal 121
 - Lc 13,1-9
- No somos quién para juzgar a los demás. Los judíos del relato evangélico de hoy lo hicieron, porque se pensaban mejores. Pero Dios es amor, no es vengativo. Tiene paciencia, agota los plazos más de lo que a algunos les gustaría. Queremos que todo se resuelva por la vía rápida, que se acaban los malos y que todo sea como debería de ser. El viñador pide una prórroga, para poner especial atención en la higuera sin fruto. La vida no cambia de golpe, necesita tiempo para madurar. Se trata de tener una actitud de espera positiva, viendo las cosas con los ojos de Dios.

DOMINGO 26 DE OCTUBRE DE 2014. DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO

- Ex 22,20-26
- Sal 17
- 1 Tes 1,5c-10
- Mt 22,34-40

La ley de Moisés traduce las exigencias profundas de un hombre liberado de la esclavitud. Pablo explica a los tesalonicenses en qué consiste el amor de Dios y les pide que se conviertan en modelos de fe y amor. Jesús, en la respuesta a la pregunta formulada por un doctor de la ley acerca del precepto más importante, pone al mismo nivel el amor a Dios (Deuteronomio) y el amor al prójimo (Levítico). Ambos amores están indisolublemente vinculados. ¿Lo vives así o eres víctima de dicotomías que fragmentan tu vida? Nuestro Fundador quería, al mismo tiempo, que Dios fuera conocido, amado, servido y alabado, y que los hombres fueran felices.

Lunes 27 de octubre de 2014 [P. Domingo Fábregas, cofundador: Cal CMF, 415-419]

- Ef 4,32-5,8
- Sal 1
- Lc 13,10-17

Una vez más, Jesús cerca de los más pobres. Mujer y enferma, a esa hija de Abrahán le quedaban pocas salidas. La curación supone incorporarse, mirar al mundo de frente y poder alabar a Dios. Una mujer sencilla que reconoce el paso de Dios por su vida. Nosotros, hijos de Dios, tenemos muchos momentos de gracia en nuestra vida. No siempre lo sabemos reconocer. Es un buen día para dar gracias a Dios por las veces que se ha puesto a tiro, ha dejado que lo toquemos y nos ha dado su fuerza. Y decírselo a mucha gente, para que ellos también se liberen. El 27 de octubre de 1895 murió el cofundador de la congregación, p. Domingo Fábregas. Él creyó en la grande obra que se iniciaba el 16 de julio de 1849. Dio gracias a Dios con sus palabras y con su vida. Un modelo para todos los misioneros del siglo XXI.

Martes 28 de octubre de 2014. Fiesta de san Simón y san Judas Tadeo, apóstoles [Cal CMF, 421-427]

- Ef 2, 19-22
- Sal 18
- Lc 6, 12-19

La memoria de los apóstoles es siempre una llamada a reconocer nuestras raíces eclesiales. Y la presencia de la oración nos recuerda que el momento es importante. Se abre la etapa del pueblo nuevo, el nuevo Israel, que mostrará que el Reino está ya presente en el mundo. Nosotros hemos recibido la llamada a vivir juntos, al estilo de los apóstoles, continuando la obra comenzada hace muchos años y que debe ser actualizada. Renovar nuestro sí es volver cada día a sentir la mirada del Maestro que nos pide ser parte de algo más grande que nosotros, de la Iglesia, de la Congregación, de la Provincia, de la Comunidad. Conviviendo fraternalmente, estamos diciéndole al mundo que es posible vivir de otra manera, y que merece la pena. Es un camino hacia la felicidad o, dicho con otras palabras, hacia la santidad. Un testimonio elocuente y universalmente válido.

Miércoles 29 de octubre de 2014

- Ef 6,1-9
- Sal 144
- Lc 13, 22-30

Todo se pone del revés. Mirar el mundo de otra manera. Los planteamientos de Jesús son radicalmente diferentes. Porque a los que lo saben todo, lo conocen todo, lo pueden todo, a esos los pone al final de la cola, y a los humildes, a los sencillos, a los que se dejan enseñar, los coloca al principio. Es que la puerta es estrecha. Jesús invita a usar todas nuestras fuerzas para entrar en el Reino. Que tengamos un solo Señor, que no andemos divididos y podamos alegrarnos de participar en el banquete del Reino. “No sea que anunciando a otros el Evangelio, quede yo excluido del Reino”, recitamos en la oración filial y apostólica al Corazón de María. Dejémonos formar y enviar a todos, cuidando siempre la relación con Él. Sabiendo, además, que pase lo que pase, todo nos sirve para bien. Una mirada entusiasta al mundo.

Jueves 30 de octubre de 2014

- Ef 6,10-20
- Sal 143
- Lc 13,31-35

Mucha gente se cerró al mensaje de Jesús. Hasta el extremo de querer matarlo. A pesar de todo lo bueno que Cristo hizo. Con ese estilo de predicación que tanto le gustaba a nuestro Fundador, Jesús pone el ejemplo de los animales, del cuidado con que la gallina reúne a todos sus polluelos bajo sus alas. Ese era el espíritu de Jesús y ese era el deseo de Claret, de reunir a todos los hombres bajo la capa del amor de Dios. La resistencia a la Buena Nueva no debe arredrarnos. Debe de ser un estímulo para nosotros, misioneros. Que nos duela que mucha gente, hoy, viva sin Dios, y que eso nos mueva a darlo todo por el Reino.

Viernes 31 de octubre de 2014

- Fil 1,1-11
- Sal 110
- Lc 14,1-6

Alrededor de Jesús muchas personas se congregaban. Unos para alabarlo y otros para criticarlo. Criticaban la fecha, cuando no podían negar el milagro realizado. Al curar al hidrópico, Cristo coloca a la persona por encima de las leyes absurdas, que en vez de liberar, esclavizaban a los creyentes. La Buena Nueva del Evangelio no puede tener límites temporales o espaciales – a tiempo y a destiempo – y por ello el Maestro es libre para actuar. Nosotros podemos seguir el ejemplo de Jesús y remar contra corriente, apoyando a aquellos que más sufren. Ojalá todos vean en nosotros personas cercanas, entregadas, dispuestas a acoger y a decir una palabra de apoyo. Una forma de hacer nuestro el dolor y superarlo es compartirlo con alguien que puede ayudar a superarlo. Que estemos siempre ahí, dispuestos, para mayor gloria de Dios y salvación de las almas.

5. Textos para profundizar

Anexo 1: Vita Consecrata 77-78

77. Quien ama a Dios, Padre de todos, ama necesariamente a sus semejantes, en los que reconoce otros tantos hermanos y hermanas. Precisamente por eso no puede permanecer indiferente ante el hecho de que muchos de ellos no conocen la plena manifestación del amor de Dios en Cristo. De aquí nace principalmente, obedeciendo el mandato de Cristo, el impulso misionero ad gentes, que todo cristiano consciente comparte con la Iglesia, misionera por su misma naturaleza. Es un impulso sentido sobre todo por los miembros de los Institutos, sean de vida contemplativa o activa. Las personas consagradas, en efecto, tienen la tarea de hacer presente también entre los no cristianos a Cristo casto, pobre, obediente, orante y misionero. En virtud de su más íntima consagración a Dios, y permaneciendo dinámicamente fieles a su carisma, no pueden dejar de sentirse implicadas en una singular colaboración con la actividad misionera de la Iglesia. El deseo tantas veces repetido de Teresa de Lisieux, « amarte y hacer-te amar »; el anhelo ardiente de san Francisco Javier: «Así como van estudiando en letras, si estudiasen en la cuenta de que Dios, nuestro Señor, les demandará de ellas, y del talento que les tiene dado, muchos de ellos se moverían, tomando medios y ejercicios espirituales para conocer y sentir dentro de sus ánimas la voluntad divina, conformándose más con ella que con sus propias afecciones, diciendo: "Aquí estoy, Señor, ¿qué debo hacer? Envíame a donde quieras"»; así como otros testimonios parecidos de innumerables almas santas, manifiestan la irrenunciable tensión misionera que distingue y caracteriza la vida consagrada.

78. «El amor de Cristo nos apremia» (2 Co 5, 14): los miembros de cada Instituto deberían repetir estas palabras con el Apóstol, por ser tarea de la vida consagrada el trabajar en todo el mundo para consolidar y difundir el Reino de Cristo, llevando el anuncio del Evangelio a todas partes, hasta las regiones más lejanas. De hecho, la historia misionera testimonia la gran aportación que han dado a la evangelización de los pueblos: desde las antiguas Familias monásticas hasta las más recientes Fundaciones dedicadas de manera exclusiva a la misión ad gentes, desde los Institutos de vida activa a los de vida contemplativa, innumerables personas han gastado sus energías en esta «actividad primaria de la Iglesia, esencial y nunca concluida», puesto que se dirige a la multitud creciente de aquellos que no conocen a Cristo.

Este deber continúa urgiendo hoy a los Institutos de vida consagrada y a las Sociedades de vida apostólica: el anuncio del Evangelio de Cristo espera de ellos la máxima aportación posible. También los Institutos que surgen y que operan en las Iglesias jóvenes están invitados a abrirse a la misión entre los no cristianos, dentro y fuera de su patria. A pesar de las comprensibles dificultades que algunos de ellos puedan atravesar, conviene recordar a todos que, así como «la fe se fortalece dándola», también la misión refuerza la vida consagrada, le infunde un renovado entusiasmo y nuevas motivaciones, y estimula su fidelidad. Por su parte, la actividad misionera ofrece amplios espacios para acoger las variadas formas de vida consagrada.

Anexo 2: Carta del P. Claret al P. José Xifré, CMF (Epistolario Claretiano II, 340-352)

J. M. J.

S. D. José Xifré Pbro.

Granja 20 agosto.

Muy señor mío y estimadísimo Hermano: acabo de recibir la de V. y quedo enterado; me alegro que se halle algo restablecido, demos gracias a Dios; el P. Bernardo Sala me escribió la muerte de mi sobrina. ¡Bendito sea el Señor!

Veo lo que me dice del modo de extender nuestra Congregación, y me parece bien y cuanto más al interior de España mejor, por ser mayor la necesidad. Me atrevo a decir, que nadie lo saber mejor que yo, por razón de vivir en Madrid y por los viajes que llevo hechos al lado de SS. MM. Yo al ver la disposición de la gente, el hambre de la divina palabra, etc. etc. no me puedo contener: así es que no me puedo contener, todo el día estoy predicando. El día 16 en Burgos hice once sermones: uno de media hora, otro de hora y media al pueblo en la Catedral, y nueve de tres cuartos; y al día siguiente hice seis, y no pude hacer más porque a media tarde tuve que salir con SS. MM. y AA.; apenas como, pero Dios y la Sma. Virgen me dan tal fuerza y robustez que todos quedan admirados, no como carne, ni pescado, ni bebo vino; solo tomo un poco de sopas y garbanzos y cuando como con SS. MM., ni aún eso como, en la mesa real no se ruega a nadie; pero a mí a veces me lo manda S. M. la Reina, y yo por obediencia tomo; pero lo pruebo un poco y lo dejo en el plato y espero con ansia que se acabe la mesa para correr al púlpito y no pocas veces me escapo de ir a la mesa de S. M. para tener más tiempo de predicar, sí, sí, esta es mi comida más sabrosa, mi única comida. ¡Quién me diera el poder correr predicando por toda España, por todo el mundo!... La tentación que tengo que sufrir mayor es de escaparme del lado de SS. MM. y aguanto porque me dicen que es la voluntad de Dios el que yo esté a su lado, y yo por ahora también lo creo, y esto y únicamente esto me hace aguantar, esperando que el Señor me soltará.

Entre tanto, diga a mis queridísimos hermanos los Misioneros que se animen y que trabajen cuanto puedan que a los Sacerdotes que se dedican a las Misiones que les daría mi sangre y mi vida, yo les lavaría y besaría mil veces los pies, yo les haría la cama, les guisaría la comida, y me quitaría el bocado, para que ellos comiesen, les quiero tanto que de amor me vuelvo loco por ellos, ni sé lo que haría por ellos: cuando considero que ellos trabajan para que Dios sea más y más conocido y amado; y para que las almas se salven y no se condenen, yo no sé lo que siento... ahora mismo que esto escribo he tenido que dejar la pluma para acudir a mis ojos... ¡Oh Hijos del Inmaculado Corazón de mi queridísima Madre!... quiero escribiros y no puedo por tener los ojos arrasados en lágrimas. Predicad y rogad por mí.

Adiós querido hermano: aquí va este papelito que quisiera que cada uno de los Misioneros copiara y llevare consigo, Soy tuyo

El A. Claret.

P. D.—Un día de me hicieron predicar en la estación del ferrocarril a la gente que estaba allí esperando el tren.



Anexo 3: Cristianismo y cultura (Pavel Florenski)

Si los cristianos de una determinada confesión creyesen en la sinceridad de la orientación hacia Cristo de los cristianos de otras confesiones, es probable que no existiesen más divisiones, lo cual no significa que desapareciesen las diferencias. Y viceversa, no existirían divisiones religiosas incluso en el caso en se llegase a considerar la orientación cristiana como una mera supervivencia de algo impotente del todo y en absoluto vinculante. Pero los cristianos continúan dividiéndose y luchando los unos contra los otros, porque no creen en la sinceridad de las recíprocas orientaciones cristianas. Es verdad que las diferencias confesionales no deben de ser atenuadas en nombre de la unidad, incluso cabría decir que es extremadamente importante que tales diferencias sean individuadas con claridad. Pero a pesar de todo, si estamos animados de una confianza y un amor sinceros, es evidente que esas diferencias no serán motivo de hostilidad, sino que nos sugerirán la idea de la solidaridad del mundo cristiano y nos inspirarán un sentido de devoción ante los planes de la Providencia. Sabemos que el Espíritu es uno y los dones diversos. Pero se trata de un saber extrínseco, ya que continuamos a considerar como auténtico don del Espíritu, lo que conocemos, mientras todo lo demás lo infravaloramos en el mejor de los casos, o incluso llegamos a no considerarlo don auténtico del Espíritu. Hay un pecado común a todas las confesiones en nuestro tiempo que consiste precisamente en haber olvidado

el término “católico”, que se aplica sólo en sentido extensivo y cuantitativo, mientras la expresión *katholikós* indica; sobre todo; algo intensivo y cualitativo. El cristianismo es “católico” porque “todo ha sido hecho” (Jn 1, 3) por medio del Verbo eterno de Dios y por ello la orientación de la conciencia de Cristo implica la plenitud y la infinidad de manifestaciones. La resistencia a reconocer en la Iglesia la Plenitud misma es una herejía y una forma de sectarismo. Cada creyente o cada parroquia o cada diócesis tomados en su singularidad tienen los rasgos de la limitación y cuando se afirma en y desde esa limitación, asume inevitablemente los rasgos de las sectas. Por el contrario, la conciencia de la propia limitación y la consiguiente aspiración a completar el propio don con el don de los demás fuera del propio grupo, otorga un carácter de catolicidad a las diversas confesiones. Por eso la unidad del mundo cristiano sólo puede hacerse posible mediante un “cambio profundo del modo de pensar” (*metanoia*) y de juzgar, empezando por la propia confesión. Quien trata de ensimismarse espiritualmente en la propia confesión y ser un verdadero hijo de la propia Iglesia, se encontrará por ello mismo unido en Cristo con los demás cristianos. Precisamente en Cristo, porque sólo esta unidad puede ser efectivamente salvífica. Nos sobran las coaliciones artificiosas basadas en cálculos humanos”.





Anexo 4: Misión en diálogo (Josep M. Abella, Misioneros)

Nos dice el último Capítulo General en el documento “Hombres que arden en caridad”: “Tomaremos como criterio y clave de todos nuestros ministerios el ‘diálogo de vida’ que tiene siempre en cuenta a los demás y no excluye a nadie (mujeres u hombres, de una confesión cristiana u otra, de una religión u otra, de una cultura u otra)” (HAC 58.2). Éste es el camino de la evangelización. En este sentido es bello e inspirador el mensaje final del Sínodo sobre la “Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia”. Después de presentar la Palabra de Dios como Palabra creadora de la vida y del pueblo al que va guiando en esa gran peregrinación que es el Antiguo Testamento, de invitarnos a contemplar la Palabra encarnada -con un rostro: Jesús el Hijo del Padre- que se hace presente entre nosotros, y de recordarnos que en la Iglesia encontramos el ámbito -la casa- donde la Palabra es acogida, celebrada y, compartida, nos dice textualmente: “La Palabra de Dios personificada ‘sale’ de su casa, del templo, y se encamina a lo largo de los caminos del mundo para encontrar la gran peregrinación que los pueblos de la tierra han emprendido en la búsqueda de la verdad, de la justicia y de la paz”. El diálogo es el lugar donde acontece la evangelización. Puede ser que hayamos querido “enseñar” demasiado y que hayamos “escuchado” poco. Quizás hemos invitado mucho a “venir”, pero no hemos estado tan dispuestos a “salir”. Solamente a través de la relación es posible acompañar a las personas al encuentro con Cristo. En este sentido resulta imprescindible cultivar algunas actitudes, orientar de un modo determinado nuestros ministerios y obras, y crear plataformas y estructuras que faciliten el diálogo. Señalo algunos aspectos que nos pueden ayudar a orientar y evaluar nuestra tarea misionera desde esta perspectiva:

a) Capacidad de escucha

Es la primera exigencia para que se pueda dar el diálogo. Se trata de una escucha que busca entender el porqué de la palabra escuchada o de la situación descubierta. Es una *escucha* que acoge la presencia singular de cada persona y que sabe mantener la mente y el corazón abiertos a los interrogantes que descubre en las situaciones que encuentra. El diálogo supone atención a la realidad. No podemos ir con el proyecto ya hecho o con el programa decidido.

Hay que tener el respeto y la paciencia necesarios para ir configurando el proyecto evangelizador desde la realidad concreta del lugar y desde la situación de las personas.

Una escucha verdadera exige humildad para saber descubrir la sabiduría ya presente y para dejar que la realidad cuestione nuestras opiniones y métodos. La escucha es exigente.

b) Discernimiento

Sin embargo, tampoco nosotros vamos con las manos vacías. Nos ha sido confiado el tesoro del mensaje del Evangelio. Llevamos dentro del corazón la experiencia del encuentro con Jesús que ha abierto nuevos horizontes en nuestras vidas y las ha llenado de sentido y esperanza. Esta experiencia, fundamental en nuestras vidas, ha crecido en el seno de la comunidad eclesial que está llamada a ser signo de la presencia amorosa de Dios en el mundo y lugar de acogida de “quienes buscan la verdad, la justicia y la paz”, tal como se nos dice en el mensaje del Sínodo que antes he citado. Las preguntas que surgen del diálogo con las personas y de las situaciones que encontramos en el camino, nos piden capacidad de discernimiento. Las hemos de iluminar desde el Evangelio para poder dar con las respuestas adecuadas; y esto debemos hacerlo en comunión con la Iglesia, comunidad de los discípulos de Jesús. El discernimiento exige fidelidad al Evangelio y un profundo sentido eclesial. Para nosotros la comunidad religiosa, la Congregación, es la referencia obligada en este discernimiento.

c) Creatividad

No podemos seguir repitiendo esquemas y programas. El diálogo pide estar siempre abiertos a la sorpresa de lo nuevo que se va gestando en la historia y en el mundo. Los proyectos evangelizadores han de ser capaces de integrar las exigencias del diálogo con la cultura y con las culturas, del diálogo con las otras Tradiciones religiosas y del diálogo ecuménico. Ello exige, obviamente, estudio y reflexión. Nuestros programas de formación permanente deberían estar mucho más atentos a la realidad de nuestro mundo y a las nuevas tendencias culturales; tendrían que interesarse más a fondo en comprender la experiencia de quienes han crecido y vivido en el seno de otras Tradiciones religiosas y en conocer más profundamente los planteamientos teológicos y pastorales de las Iglesias cristianas hermanas; nos deberían acompañar en nuestro esfuerzo por entender mejor el mundo en que vivimos y las preguntas de nuestros contemporáneos. Sin estudio y reflexión, sin una buena preparación, no es posible la creatividad pastoral ni la oferta de respuestas significativas. La llamada a hacernos presentes en las fronteras culturales, sociales y geográficas de la evangelización exige estudio, reflexión y audacia misionera. La Congregación ha de seguir promoviendo una buena capacitación de todos sus miembros. No hemos de tener miedo a lo nuevo, aunque ello nos exija renunciar a lo que ya estábamos acostumbrados o a lo que nos resulta más cómodo. La creatividad nos exigirá también desplazamientos hacia donde las preguntas que inquietan hoy a la humanidad resuenan con mayor insistencia y hacia aquellos lugares donde el anhelo por la paz y la justicia es percibido con más fuerza porque se siente con mayor angustia el peso opresor de un mundo injusto y violento.

“¿No es verdad que este fenómeno de la globalización lo vivimos también, de algún modo, en la Iglesia y en nuestra propia Congregación, cada vez más pluriculturales y pluricéntricas? Tanto la Iglesia como la vida religiosa y nuestra propia Congregación tenemos una larga experiencia de “catolicidad” (Josep M. Abella, *Misioneros*)

spiritus domini

La fragua en la vida cotidiana

www.lafraguacmf.org
misioneros claretianos